

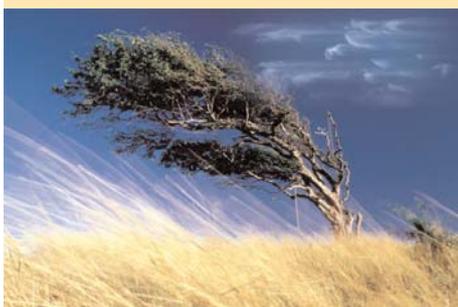
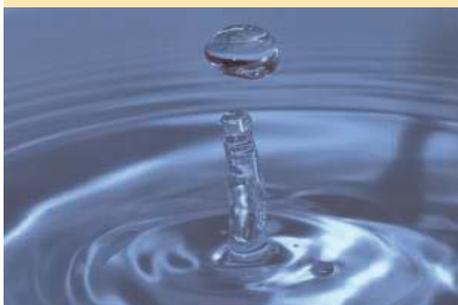
HELIOCENTRO



HIJOS DEL
SOL VII



LOS CUATRO ELEMENTOS



Lleva el hombre en su genética impresos los cuatro elementos pero lo olvidó en su memoria con el transcurrir de los tiempos. Quiso el Creador poner Agua para que emanaran sentimientos. Poner Viento en la memoria y que surgieran los pensamientos. Sumarle Tierra para darle forma y crearle con ella un cuerpo. Por último le regaló su Fuego haciéndole creador de otros cuerpos y siendo creador como Él se expandiera en el Universo. Pero lo olvidó el hombre en su memoria y si no lo recuerda a tiempo actuarán fuera en la Tierra actuarán dentro en el cuerpo son nuestra memoria genética son los Cuatro Elementos.

E.V.

HIJOS DEL SOL VII

LOS TEMPLARIOS

Mi nombre iniciático fue Homet-Nut. Tuve el privilegio de ser admitido en La Fraternidad Solar, que creara en su día el faraón Akenatón. Tanto yo, como mis setenta y un hermanos, juramos servir los valores de los Hijos del Sol, a través de los tiempos, en las diversas reencarnaciones que se nos asignaran en la Tierra, por los señores del Karma.

Se me ofertó y adquirí el compromiso de revelar el conocimiento.

Fui el guardián del Ojo Sagrado de Ra y se me programó con la facultad de mirar hacia atrás en los Registros del Tiempo.

Por esto me ha tocado asomarme a este momento, contando cuanto puede ver mi espíritu.

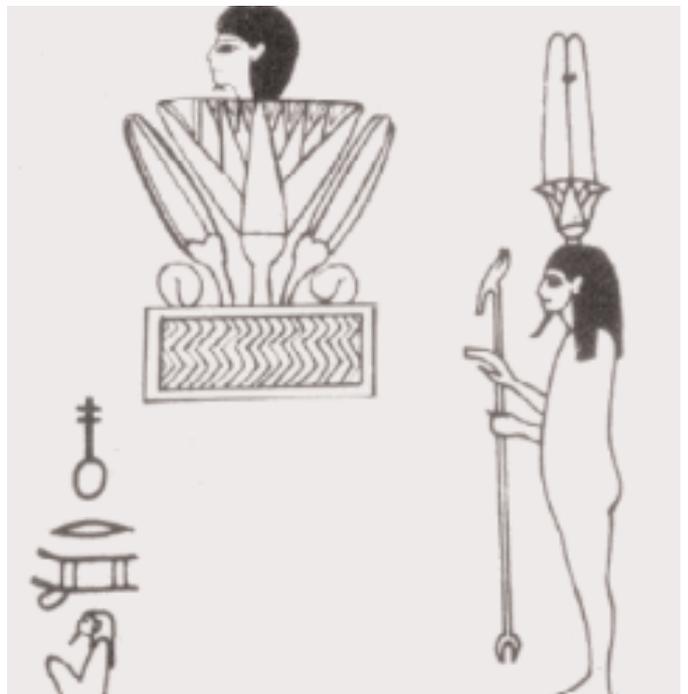
En un determinado estado de conciencia, soy un ser atemporal. Y como en una gran pantalla, veo acontecimientos, percibo sensaciones y revivo situaciones, en las que los miembros de la Fraternidad Solar, se han visto envueltos, a través de la Historia.

Para Payen de Mondidier, aquel día no era distinto de los que habían construido su feliz infancia. Hijo de caballeros, de posición acomodada. Desde su nacimiento, parecía que su vida respondería a lo que de su rango y posición se esperaba de él. Primero, escudero de alguno de los caballeros del Conde de la Champagne y luego, si su valor y sus méritos eran suficientes, sería nombrado con el mismo rango que su padre. Con el tiempo la Tierra Santa le daría la gloria o la muerte a las que todo buen cristiano aspiraba. Transcurría el año 1005 de nuestro Señor. Payen contaba con dieciséis años. El mes de Febrero resultaba extremadamente frío en aquellas latitudes de Francia. El jergón de lana, en la precaria cama, albergaba un cuerpo bien formado. Atlético y bien entrenado para el combate. Las cacerías de lobos y jabalíes, habían conseguido crear todo un guerrero, preparado para cualquier contienda, pero Payen no estaba listo para el mundo del sueño, el terror nocturno y para enfrentarse a los fantasmas sin cuerpo, sin lógica y sin sentido.

Aquella noche vio algo absolutamente trascendente que impulsaría toda su vida hacia un objetivo obsesivo y glorioso. El sueño era tan profundo y tan intenso, que de ninguna

manera podía separar el tiempo y el espacio. El ser que veía era él, pero no en esta época, sino dos mil años antes.

Era un templo en Egipto. En el sueño sabía que era Memphis. Tenía cerca de cincuenta



años, alto, delgado y con un aire reverente. Emanaba una gran sabiduría.

- ¡Despertad; despertad!.... Han robado el templo....! Despertad !

Los sacerdotes y los ayudantes del templo comenzaron a correr entre las columnas. El tesoro compuesto de piedras preciosas y de los viejos papiros de la antigua dinastía no estaban. Los trabajadores hebreos, capitaneados por Maser (Moises) se los habían llevado. Las lágrimas y el miedo a la reacción de los dioses hacían que los sacerdotes pasaran de la alarma al pánico. Luego, el sacerdote comenzó a sentir rabia y desde el mundo onírico, esa rabia se alojaba en las carnes y la conciencia del joven Payen.

Este sueño recurrente aparecía con diversas modalidades y con más lujo de detalles cada noche en la vida del aspirante a caballero. El 19 de Febrero, fecha de su cumpleaños fue cuando comenzó el tormento, pues al sueño del robo del templo se le asociaron otros tantos extraños y al parecer conectados entre si.

Payen comentó estas obsesiones a su padres y al sacerdote de la aldea de Montdidier, pero tan solo arrancó alguna que otra sonrisa comprensiva, además de reproches por dedicar su tiempo a cosas del diablo.



En sueños se le aparecía un ser que decía llamarse Laiin. Era casi vaporoso, como si no tuviera cuerpo. Se trataba de una especie de entidad que con ojos muy expresivos, parecía tener una luz brillante en el entrecejo. Como si fueran tres los ojos y no dos.

- Yo soy Ra, el antiguo Dios, que fui adorado en Egipto. En los primeros tiempos de aquel pueblo, yo y otros tantos seres venidos del

cielo tomamos cuerpo entre vosotros y os entregamos la cultura, el tejido, las tradiciones y la ciencia que constituyó el legado cultural de vuestro pueblo.

Este ser se aparecía en los primeros momentos del sueño nocturno y le abandonaba en los primeros esbozos del despertar matutino.

Devuelve lo que pertenece a mi pueblo - repetía Luiin dentro del sueño en forma obsesiva - Con el tiempo, Payen aprendió a moverse en el sueño e interactuar en el mismo; es decir, respondiendo, moviéndose, contestando a los personajes que se asomaban en el mismo.

- ¿Que quieres que devuelva y donde lo encontraré?

Pero Luiin tan solo le respondía:

- ¡Cava...cava....Busca en el suelo ;

Imágenes nocturnas fueron creándole obsesiones y miedos. Sus padres comenzaron a preocuparse cuando comprobaron como a Payen le daba por cavar como un loco en las proximidades de la torre donde vivían. Y no pudieron sino reprenderle cuando los agujeros comenzaron a aparecer en el propio patio de armas.

¿Qué locura se había apoderado de su querido hijo? No podían hablar con el sacerdote, puesto que el Santo Oficio intervendría y esto podía llevar consigo la vergüenza familiar y el encarcelamiento y la tortura del propio Payen. En aquel tiempo, estos comportamientos se atribuían a las posesiones diabólicas y esquizofrénicas, enajenados y maniacos salían mal parados por la intervención "divina" de la Inquisición.

A lo largo de los cuatro años siguientes, los sueños, percepciones y meditaciones de nuestro aprendiz de caballero, le habían creado una segunda personalidad. No sabía bien si era un sacerdote egipcio o un guerrero de su tiempo. No sabía si vivía en Francia o en Egipto. No sabía si su existencia se daba dos mil trescientos años antes del tiempo que los calendarios señalaban en su aldea. Con el tiempo, aprendió a vivir con estas dos personalidades,

pero en silencio, sin trascender nada hacia fuera. Aprendió a vivir en una especie de mentira, que ahorraba el dolor a sus padres y la vergüenza y el insulto de sus convecinos.

LA FRATERNIDAD SOLAR

Mientras en Francia la vida transcurría entre sonrisas y lágrimas, entre calmas y tempestades. Pero en otra unidad espacio temporal, las actuaciones eran muy diversas: La Fraternidad de los "Hijos del Sol" compuesta por seres diversos, de todos los rincones de nuestra Galaxia estaban elaborando un plan, que movilizaría diversas lógicas, personas y recursos.

Para los que llegan a este relato sin haber tenido acceso a los anteriores, diré que la Fraternidad de los "Hijos del Sol" fue un compromiso establecido por seres iluminados en el tiempo de Akhenaton; el faraón hereje. Este faraón había desafiado a los sacerdotes y a los antiguos dioses egipcios, creando el culto al único y verdadero Dios, Aton (Ra). De una u otra manera, pretendía unificar en un solo culto a todos los hombres, quitando a los intermediarios; es decir, evitando la intervención de los sacerdotes.

Pero su plan se había intentado en una sociedad inmadura, supersticiosa y con multitud de tabúes. Por otra parte el ejército y los poderosos sacerdotes de Amón, habían conspirado contra él y finalmente su aventura se había visto proscrita, para volver de nuevo a las viejas tradiciones.

La Fraternidad de los Hijos del Sol, compuesta por iniciados terrestres y seres extraterrestres, se había juramentado para que a través de las siguientes reencarnaciones, se persiguiera en forma pacífica, y mediante la inteligencia y la iluminación, la sinarquía; es decir, la unión de todas las razas, pueblos y seres vivos sobre el planeta Tierra. Pero esta sinarquía pasaba por la destrucción de los dioses, ídolos y tradiciones religiosas, para dar paso a un dios que vive en cada animal, en cada objeto, en los corazones de los seres humanos. Y este dios no podía ser aceptado por los cultos que tienen a dioses antropomórficos o encarnados en seres humanos. Es por esto que la Fraternidad de los Hijos del Sol sigue aún hoy actuando desde el anonimato y desde las sombras para perseguir su sagrado juramento, que liberará al hombre de las supersticiones, de los miedos, de los cielos, infiernos y purgatorios.



ATON - RA

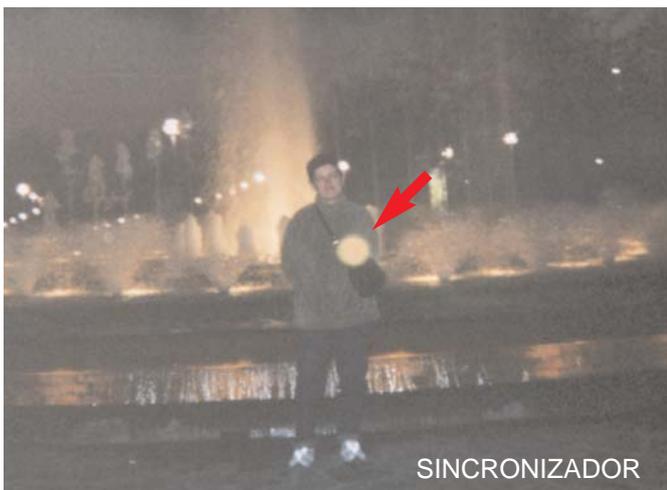
Volviendo a Francia y en los primeros años del segundo milenio. La Fraternidad Solar había elaborado un plan de acción que comprendía

la inserción de sincronizadores magnéticos en diversos caballeros, escogidos de las mejores y más nobles familias del país galo, para que mediante su intervención, se ensamblaran valores culturales entre oriente y occidente.

En aquel tiempo, las primeras cruzadas ya habían producido sangrientas guerras por la conquista de los lugares sagrados y en Jerusalén el rey Balduino II, gobernaba en forma precaria sobre un territorio cristiano, rodeado de multitud de mahometanos, que en igual medida, pretendía quedarse con dichos territorios.

Se trataba de avanzar en la sinarquía, haciendo que una casta espiritual, liberada de los dogmas cristianos y otra mahometana, en igual medida iluminada por valores trascendentales, tomaran contacto y se renovaran los compromisos establecidos por ambas hacia miles de años. Pues también entre los musulmanes existían seres iluminados, que fueron conocidos con posterioridad como sufistas, que bebiéron, con caballeros templarios de los mismos valores y principios sinárquicos y espirituales.

¿Qué son los sincronizadores magnéticos? Se trata de pequeños transmisores de diversos materiales; desde metálicos, hasta etéreos o de plasma, que en forma visible o invisible, seres venidos de las estrellas; nuestros padres genéticos, han implantado desde el principio de los tiempos en profetas, iniciados y sabios, con el fin de acelerar la evolución de la raza. Es fácil ver su intervención, si vemos cómo en la Biblia, se habla de unas extrañas "lenguas de fuego" se posaron sobre los apóstoles, y el espíritu santo bajó desde entonces sobre ellos, dotándoles del don de profecía, del milagro y de la xenoglosia (facultad de hablar en lenguas diversas y desconocidas para el sujeto). Con estos pequeños implantes, las entidades superiores pueden programar la vida y las inclinaciones del contactado. En esa misma medida, pueden inducir visiones, sueños o imágenes, acompañadas de sensaciones.



Nueve caballeros en el mismo tiempo, comenzaron a percibir sensaciones extrañas. Se trataba de un puzle, que en cada uno, por si solo no tenía sentido, pero si en su conjunto. Solo faltaba ponerlo en contacto y esto se produjo

en forma natural, debido a los acontecimientos que estaban a punto de suceder.

HUGO DE PAYNS

Los cruzados, que habían guerreado contra los sarracenos al mando de Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I de Francia, regresaban a su patria después de un sinfín de heroicas batallas por las que se habían recuperado



grandes extensiones de terreno en manos de los mahometanos. Los niños y las mujeres jóvenes que salían a recibirles gritaban de alegría. Unos y otras soñaban con abrazar a sus héroes o a sus futuros maridos. No había en todo el mundo cristiano más honra que haber servido en los ejércitos cruzados, que liberaban los lugares santos de los infieles.

Uno de estos cruzados era Hugo de Payns, que contaba entonces con veinticinco años. Natural de Troyes, tenía un cierto parentesco con el conde Hugo de la Champagne. Junto a él cabalgaba como infatigable amigo, André de Montbard. Ambos valientes, jóvenes y soñadores.

El Conde Hugo de la Champagne preparó una fiesta fastuosa de acogida. A dicho festejo acudieron los nobles, el obispo de Troyes y un joven y brillante monje, llamado Bernardo de Claraval. Este monje, que en su día fuera elevado a la santidad como San Bernardo era a su vez sobrino de André de Montbard.

- Llevo soñando desde hace meses, que busco un tesoro en la tierra y me levanto fatigado pues me paso toda la noche cavando. - dijo Godofredo -

Payen saltó del taburete como si un resorte automático le disparara. Las luces de las candilejas de aceite y el fuego de la lumbre del fogón, llenaban la atmósfera de la sala de escuderos.

Aquellas palabras descuidadas de Godofredo hicieron replicar a Payen:

- Yo también tengo la misma pesadilla. Sueño exactamente lo mismo que tu. Pero además veo que no soy yo mismo, sino un sacerdote Egipcio.

- ¿Un sacerdote egipcio?

- Si, un sacerdote. Y veo los templos, los palacios y las gentes que vivían en ellos. Sueño con un robo que se hace en palacio y la vergüenza que siento es inmensa.

- Esto es cosa de brujos -dijo Godofredo- ¿No estaremos poseídos por el diablo?

- ¡Cállate insensato! El Inquisidor está con los caballeros y puede escucharnos.



GODOFREDO PAYEN

También el joven Payen acudió a la reunión.

Durante varias semanas se narraban las leyendas y las batallas de los cruzados. El joven Payen, ensimismado y atónico con lo que allí se contaba, deseaba enrolarse cuanto antes en los cruzados. Todos los jóvenes de las nobles familias deseaban alistarse. Era como una fiebre colectiva.

Un joven llamado Godofredo Bisson, de noble linaje, entabló sincera amistad con Payen. Fue a través de sus frecuentes conversaciones cuando se disparó la fiebre colectiva de acontecimientos aparentemente fortuitos, pero perfectamente orquestados por la Fraternidad de los Hijos del Sol, actuando en la sombra.

Durante horas Payen y Godofredo, hablaron sobre sus pesadillas, su mundo onírico, sus miedos y esperanzas. Pero su conversación trascendió a otros jóvenes que al pie de la lumbre escuchaban fascinados.

A la semana siguiente, un caballero armado con varios escuderos fueron a la búsqueda de Payen. El miedo se apoderó de él. Sin duda sus fantasías habían desbordado el límite de la discreción y ahora mismo sería amonestado o quizás algo peor.

El castillo del conde Hugo era la construcción más grande y lujosa de aquellos parajes. Payen fue llevado a la presencia del conde, pero éste no estaba solo. Otros tantos caballeros, algunos cruzados y dos monjes estaban sentados en una gran mesa a la luz de las

velas. También estaba Godofredo Bisson. Por la sonrisa de su amigo dedujo que la cosa no era tan grave. El conde tomó la palabra:

- Joven Payen; hemos sabido de tus sueños y de tus percepciones. Deseamos que nos los cuentes. No tengas miedo. No pretendemos acusarte de nada ni denunciarte ante el Santo Oficio. ¡Habla con tranquilidad; te escuchamos!

Payen relató todo cuanto le había pasado en los últimos años. Todos estaban en profundo silencio. Los ojos de los presentes se arqueaban y se abrían asombrados. Al parecer lo que estaba narrando despertaba en los presentes un vivo interés.

Hugo de Payns, el héroe recién llegado de Tierra Santa, tomó la palabra:

- Hermanos míos; no cabe duda. Todo se confirma. El Espíritu Santo ha hablado a cada uno de nosotros en un lenguaje claro, simple y sencillo. Todo parece encajar. Debemos debatir y tomar una decisión.

La reunión duró veinticuatro horas ininterrumpidas. Al parecer todos y cada uno de los presentes había recibido en sueños, en percepciones y en intuiciones, las mismas o parecidas vivencias que Payen.

André de Montbard abrió unas alforjas raídas de cuero negro y puso sobre la mesa unos pergaminos viejos. Algunos de ellos estaban desgastados y roídos por sus extremos. Los había de tela y de cuero. Estaban escritos con caracteres extraños, que ninguno de los presentes podía leer. Eran pergaminos que habían sido capturados a los sarracenos y que a su vez los rabinos judíos habían traducido para los cristianos. Esas traducciones hablaban ni más ni menos de que "El Arca de la Alianza" traída por Moisés desde Egipto estaba escondida en algún lugar de Tierra Santa y probablemente bajo tierra. El conde dijo:

- Debemos traducir todos los pergaminos y ver

si son auténticos. He solicitado la ayuda del santo hermano Esteban de Harding, prior mayor de la Orden del Cister, para que nos ayude en esta tarea.

El monje que hasta entonces había permanecido en silencio tomó la palabra:

- Si efectivamente podemos encontrar el "Arca de la Alianza", estaríamos ante el mayor descubrimiento de la Historia del Hombre. Se trata de la reliquia más importante de la Cristiandad. Pondré a mis hermanos a trabajar en las traducciones. Pero necesitare ayuda de los rabinos judíos pues ellos son más expertos que nosotros. Habrá que avisar al Santo Padre para obtener su permiso y por supuesto, hasta que esto se confirme deberemos hacer votos sagrados de silencio.

- Contad con ello. No reparéis en medios. Yo haré venir de Toledo a los más famosos traduc-



tores y reclamaré de mis parientes y amigos la ayuda necesaria -dijo el conde- El otro monje; Bernardo de Claraval, replicó a su vez:

- Hoy mismo enviaré emisarios al Santo Padre. Ahora; hermanos míos; en nombre de Cristo, deberemos realizar ante la cruz el voto de silencio que requiere esta situación.

Tomó el Crucifijo de madera que colgaba sobre su pecho y lo puso sobre la mesa. A continuación los presentes: el Conde Hugo de

Champagne, Esteban Harding, Hugo de Payns, Godofredo de Saint-Omer, André de Montbard, Archambad de Saint-Aigman, Payen de Montdidier, Godofredo Bisson, el caballero Condemaro, el caballero Rolando y Hugo Rigaud, pusieron la mano derecha alrededor del crucifijo.

- ¿Juráis por El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, guardar silencio de lo que aquí se ha hablado? -Dijo Bernardo-

- ¡Juramos!

Finalmente Payen de Mondidier podía descansar. No estaba loco. Todo formaba parte de una lógica superior. La aventura se perfilaba y el reto de descubrir la sagrada reliquia le producía un entusiasmo desbordante.

Al mes siguiente, Payen de Montdidier y Godofredo Bisson fueron nombrados caballeros por el Conde Hugo de la Champagne. Por otra parte, Esteban Harding ordenó a Bernardo de Claraval que asumirá la dirección del proyecto y le donó unos terrenos donde comenzó a construirse una abadía.

Pasó año y medio hasta que se determinó con exactitud que parte de los pergaminos aludían inequívocamente al Arca de la Alianza. Todo parecía indicar que se encontraba bajo las ruinas del templo de Salomón. Dicho templo había sido destruido por los persas y vuelto a reconstruir, con menos esplendor en tiempos de Ciro II. Para volver a ser destruido por el emperador romano Tito. Tan solo se conservaba un muro (hoy llamado muro de las lamentaciones) y además sobre la superficie de dicho templo se levantaban dos mezquitas y la sede del palacio del Rey de Jerusalén, Balduino II.

Todos estos hechos que en principio parecían hilados y sin incidencias, no fueron tan fáciles. Las múltiples reuniones que se hicieron normalmente en el castillo del Conde Hugo, perfilaron y establecieron las diversas personalidades de los caballeros y por supuesto importantes diferencias.

- Yo creo que he vivido en otras vidas como sacerdote egipcio - dijo Payen -

- Y a mí me ha sucedido lo mismo. He visto Egipto antiguo y tengo la seguridad de que yo también he vivido allí -replicó Godofredo

Bisson-

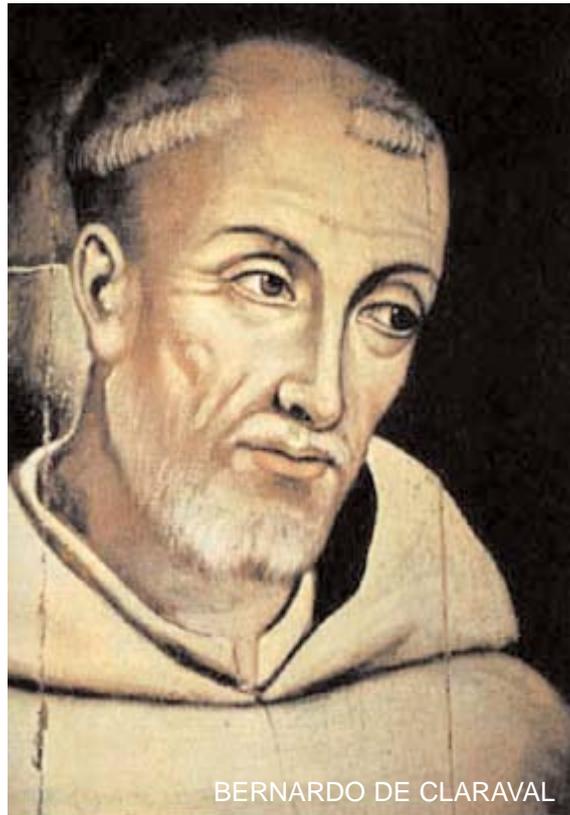
- ¿Pero qué blasfemia estáis diciendo? -Gritó Bernardo de Claraval- No existe la reencarnación. Después de muerto, vamos al infierno o al cielo y todos seremos juzgados al final de los tiempos. Todos resucitaremos con nuestros cuerpos. Solo existe una vida. Sin duda vuestra formación religiosa es pobre y blasfema.

Payen y Godofredo se sonrojaron. Todos los presentes afirmaron con sus severas miradas las palabras de Bernardo. Sin duda la inmadurez de ambos caballeros se debía a su juventud y a no

ser hombres religiosos. Bernardo de Claraval, era sin duda uno de los teólogos más jóvenes y brillantes de la iglesia y nada ni nadie podía oponérsele en estas materias.

Pero Archamband de Saint-Aigman, inquieto por la polémica y de mayor edad que los dos jóvenes, terció a su favor diciendo:

- ¿Pero cómo va a ser posible que un ser que nace, tarado, pobre y sin cultura, sea juzgado en igual medida y modo que un noble, rico, cultivado y con una vida regalada? ¿Qué clase de justicia se aplica en el cielo?



BERNARDO DE CLARAVAL

Todos los presentes se volvieron asombrados por las tremendas palabras de Archamband. Pero éste, antes de callar, prosiguió con más vehemencia:

- Imaginad un ser desgraciado, sordo, pobre y que la vida le lleva a robar para comer. Si a última hora no recibe el sacramento de la confesión se va al infierno. Es decir, vivió un infierno en su vida material y luego le toca otro en la vida del mas allá. Por el contrario otro ser noble, que viola, mata y roba, con una vida regalada, sin desgracias y con toda clase de satisfacciones, es absuelto en última instancia por el sacerdote y va al cielo. ¿Pero cómo puede ser esto posible? ¿En que lógica cabe? - ¿Pero qué clase de cristianos sois? -Replicó Bernardo- Ciertamente vuestras blasfemias deben surgir de vuestra ignorancia. Tendréis que retractaros de cuanto albergan vuestras mentes; pues aunque estamos atados por juramento, yo no toleraré tales blasfemias. La doctrina de la iglesia es clara y estas afirmaciones las castiga con la muerte.

El pánico se apoderó de todos, pues sabían cómo se las gastaba el Santo Oficio. Payen, reaccionó con rapidez diciendo:

- Está claro que todos nos sometemos a la Iglesia y a vuestra autoridad padre. Yo solo hablo de sueños y el mundo del sueño es engañoso. Probada está mi rectitud moral y la de mi familia y mi asistencia a los santos oficios.

- Y nosotros también somos cristianos confesos -anunciaron Godofredo y Archambad- Hugo de Payns, que iba perfilando como el líder natural del grupo, terció enseguida, llevando concordia a la discusión.

- Me costa que todos somos obedientes a la Santa Madre Iglesia y que nadie reniega del credo de la misma. De ahora en adelante, os ruego que estas conversaciones no tiñan nuestras reuniones de enfrentamientos y de pecados.

Bernardo se calmó. Pero aquella discusión final, cerraba un capítulo cotidiano de dudas,

mezcladas con fanatismo y misterio religioso que se alojaba por doquier en la mente de los caballeros. Sin querer se habían formado dos grupos: por un lado Payen, Godofredo de Bisson y Archamband y por otro el resto de los caballeros. Se había perfilado inequívocamente la autoridad espiritual de Bernardo de Claraval, tanto por su brillantez como teólogo, como por el tremendo miedo que inspiraba un monje de la Iglesia. El que permanecía más neutral y más conciliador era Hugo de Payns, y este carácter, le daría finalmente el título de Gran Maestro de la Orden del Temple.

Payen y sus dos hermanos espirituales más afines, se reunieron en solitario. Hablaron de su mundo interior, de sus percepciones, de sus miedos. Y por supuesto desde ese instante emplearon la astucia y el silencio como armas defensivas que les preservaban de la duda y del recelo de los otros caballeros. No era tanto un problema de traición, o de falta de camaradería, sino de una tremenda diferencia de inteligencia espiritual. Al fin y al cabo toda sociedad humana adolece de las mismas virtudes y de los mismos errores.

CONTACTO CON LOS DIOSSES

El frío se metía por los huesos. Ni el ganado, ni los sirvientes asomaban la cabeza por miedo a que la terrible nevada les sepultara. En el mes de Enero y en el Noreste de Francia, el invierno puede someter al enemigo más feroz o al más audaz de los caballeros. Payen consumía su tiempo frente al fuego de la chimenea. Cuanto más se empeñaba en leer los escasos textos religiosos que llegaban a sus manos, menos comprendía. En aquel tiempo la iglesia castigaba severamente a quien leyera sin permiso del Obispo, cualquier texto sagrado, incluido la Biblia. Por otra parte eran escasísimos los que sabían leer. Este arte, se reservaba para los monjes y unos pocos caballeros y nobles de la región. Afortunadamente Payen contó con un tutor versado en Medicina. Botánica y Astrología, y había aprendido con creces a leer en latín y en su propio idioma autóctono. No le eran ajenos los vocablos en alemán, incluso se atrevía con el castellano. Pero su maestro tuvo que escapar de Troyes

para refugiarse en Alemania, dado que fue denunciado al Santo Oficio por brujería y no le quedó otro remedio que salir corriendo para salvar su vida. Sin duda Payen había asumido como normal, ciertas enseñanzas, que pasaban por ser heréticas. Sobre todo cuanto tuvo que contrastarlas con los otros caballeros y por supuesto con Bernardo de Claraval.

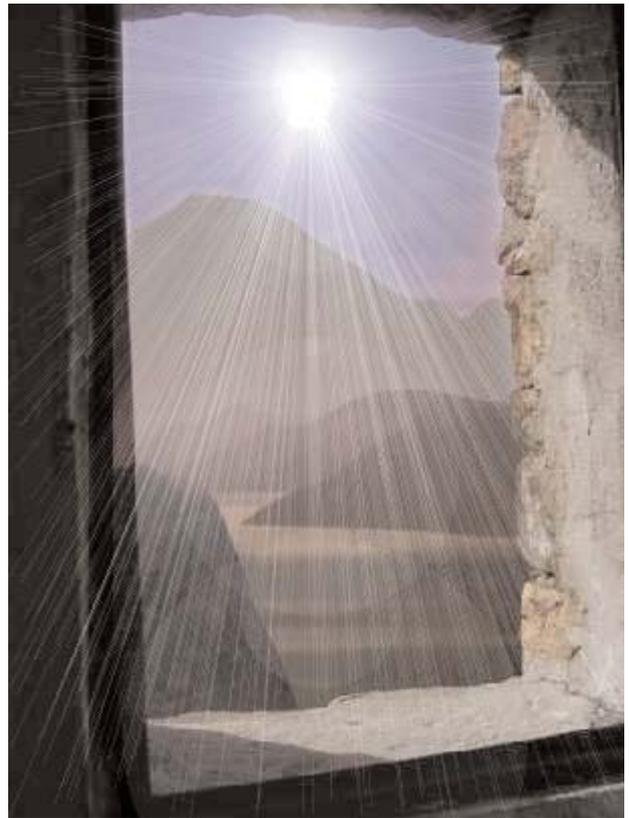
Tanto con Godofredo como con Archembaud, la comunicación era fluida, y hermanarse por el conocimiento, que no por el miedo o la imposición, genera lazos inmortales.

Pudo ser el constante diálogo con sus dos hermanos, o por el clima que se establecía en sus alocados y atrevidos pensamientos de aventura, que todos ellos crearon además de fantasías conscientes; sueños y percepciones inconscientes que, además de invitarles a ir a Jerusalén, les ubicaban miles de años atrás en el viejo Egipto. Los tres pensaban sin lugar a dudas que habían vivido en aquel tiempo y que el destino les llamaba para hacer una misión reparadora.

Las caprichosas formas violáceas de las llamas consumían con lentitud los troncos de encina, a la vez que el sueño se apoderaba poco a poco de Payen. Todos los seres vivos de la gran casona estaban dormidos. Eran las tres de la madrugada. En un preciso instante una luz fulgurante y de tonos plateados entró por la pequeña ventana de la estancia, golpeando los ojos casi cerrados de nuestro héroe. Se sobresaltó, hasta el punto de caerse del taburete de cuero donde estaba sentado. ¿Estaba en una de sus repetidas visiones? Poco a poco fue tomando conciencia de que estaba en cuerpo y alma frente al fuego y que aquel resplandor veía de fuera.

Se asomó a por la ventana y se quedó petrificado puesto que una Luna brillante parecía haberse caído del cielo y su brillo era cegador. Pero al instante comprobó que no era la Luna, puesto que sobre su cabeza, estaba Selene grande, hermosa y seductora. ¿Qué clase de magia era aquella?

La cegadora esfera dejó de brillar y fue adap-



tándose hasta tomar la forma de un plato o escudilla de comer invertida. Sin duda era magia que el diablo le enviaba por tener pensamientos heréticos.

- ¡Sal fuera! Payen...! ¡Sal fuera!

La voz era tan intensa, tan próxima que volteó la cabeza ante la posibilidad de que hubiese entrado su padre o alguno de los sirvientes.

- ¡Sal fuera! Payen...¡Sal fuera!

Esta vez pudo deducir que la voz venía de la esfera, incluso un extraño sentimiento le empujaba a salir y acercarse a aquel enorme plato invertido.

Pasado el primer impacto emocional, y apelando al hecho de que ningún caballero puede tener miedo. Puso una gruesa capa sobre sus hombros y en forma sigilosa, para no llamar la atención, salió a la campiña. El miedo le atenazaba. Temblaba todo su cuerpo. Comenzó a sentir náuseas. El sentido común le invitaba a volverse a la mansión, pero sus piernas, movidas por un extraño resorte, le llevaban hacia la luz. Miles de pensamientos comenzaron a voltear por su cabeza; ¿Y si era el diablo? ¡Los ángeles no pueden ser, por que llevan alas!..... ¿Y si me raptan?

Cada paso que daba la agonía crecía, pero a

pesar de todo, la inercia del movimiento le empujaba sin querer a acelerar el paso. Faltaban diez metros y la luz del plato luminoso se volvió de un verde brillante que no dañaba a los ojos. Fue entonces cuando un rayo de luz amarillo salió del artefacto y finalmente perdió la conciencia. Fueron décimas de segundo, pero al impactar el rayo en su cabeza, pensó que se había muerto, puesto que comenzó a sentirse como en la Gloria; plácido, tranquilo y consciente.

A continuación se vio en una estancia repleta de luz blanca. Unos seres altos, de una belleza perfecta, casi andrógina, con cabellos plateados y ojos de una plenitud inenarrable le sonreían. En su cerebro escuchó:

Fraternidad para recuperar el "Ojo de Ra". Tú eras su guardián en el tiempo de nuestro hermano Akenatón y de su hijo Maser (Moisés). Fue robado del templo y ya es hora de que retorne donde debe estar, pues la ceguera del ser humano en este tiempo no puede hacerle acreedor a tal joya espiritual.

Las palabras estaban impulsadas de imágenes que se precipitaban en su cerebro.

Y en el cerebro de Payen se dibujaron como en una película escenas del tiempo antiguo: Se vio en otra vida siendo el mismo faraón Tutmosis IV. El abuelo mismo de Akenatón. Este faraón que murió joven, envenenado por los sacerdotes de Amón, había sido visitado



- Nuestro saludo hermano; Hijo del Sol. No estás soñando, ni estás loco. No somos enviados del que tú llamas Diablo. Somos tus hermanos del espacio.

Payen se maravillaba puesto que no movían sus bocas y a pesar de todo les escuchaba nítidamente.

- Hemos venido para recordarte tu compromiso con nosotros y el juramento que hiciste en la

por los señores del cielo antes de ser nombrado faraón. - Si quitas la arena que cubre la esfinge, te haremos faraón -le dijeron- Y efectivamente contra todo pronóstico, Tutmosis, hijo de una esposa secundaria subió al trono, al haber fallecido todos sus hermanos. Payen comprendió entonces que su rebeldía ante el clero, ante el dogma y ante el fundamentalismo religioso, le venía de entonces. Pues fue él quien comenzó el plan para instaurar una idea monoteísta, iniciando el culto a Atón, que ter-

minaría por culminar Akenatón.

Luego se vio en la siguiente reencarnación como sacerdote a cargo del ojo de Ra. Vio en la misma escena como el ojo de Ra, era una piedra roja traída por Horus, desde Orión, que puesta sobre la frente del iniciado, producía visiones directas, aumentaba la telepatía y la telequinesia. Esta piedra era de uno de los Sistemas Solares de dicha constelación. Fueron los pobladores de Orión, los que intervinieron; entre otros, en la siembra genética de los seres humanos sobre la Tierra.

Pero lo que le produjo más asombro fue ver a todos los caballeros de este tiempo, reencarnados en el mismo escenario de Egipto y en el mismo tiempo. Casi todos los que ahora querían descubrir el Arca de la Alianza, eran curiosamente los que habían robado en el templo, tanto los papiros, como las piedras preciosas y el mismo Ojo de RA. Sin duda se trataba de algo kármico. La ley del karma no perdona, y lo que se había hecho miles de años antes mal, debía ser restituido en este tiempo. No era casual, por tanto que todos estos caballeros estuvieran juntos y con un mismo propósito.

La experiencia en si no era tan importante como la profunda sensación de sentir la atemporalidad del ser humano. La vida del hombre es cortísima. El espíritu vive en muchas vidas. Reencarnar es una exigencia del propio espíritu para aprender. Pero el ayer y el hoy son una misma entidad, casi el mismo tiempo. El sentimiento de inmortalidad era tan fuerte, que comprendió qué efímera era la vida y las emociones pasajeras de la materia, comparada con la trascendencia del ego en otras vidas, en otros tiempos, en otras galaxias, con diversos cuerpos, distintas circunstancias y diversas habilidades. Otra de las sensaciones extraordinarias era comprobar, que en el acto más oculto, más simple o que nosotros consideramos desapercibido; otros seres, otros ojos, otras conciencias nos vigilan; forman parte de nosotros. Definitivamente nunca estuvimos solos, ni lo estamos ahora, aún deseándolo con toda nuestras fuerzas.

Amanecía. Payen estaba mareado. Las náuse-

as le impulsaron a salir corriendo de la estancia para verter el vómito en el corral del castillo. El aire fresco de la gélida mañana le despejó. ¿Había soñado?... La experiencia que había vivido la noche anterior, le había producido un trauma tan profundo, que mediatizaría toda su vida. ¿Quién le había llevado a la cama? ¿Quiénes eran esos seres? Las miles de preguntas se amontonaron en su mente y el desconcierto entre las diversas personalidades que todavía formaban parte de su consciencia le hacían desubicarse de su entorno y realidad presentes.

Buscó la compañía de Godofredo y de Archamband y les narró cuanto le había sucedido. Sus leales compañeros sin haber tenido la misma experiencia, no parecían extrañados. Por sueños, meditación y pura intuición, constataban que los tres estaban siendo llevados a un determinado estado de conciencia que les comprometía para el próximo futuro. Por otra parte, el entusiasmo del resto de los caballeros iba en aumento, aunque permanecían ignorantes de las vivencias de Payen y de sus dos amigos.

JERUSALÉN

Pasó algo más de un año hasta que todos los preparativos culminaron en realidades prácticas. Finalmente se partía para Jerusalén. El Santo Padre había autorizado y bendecido la expedición. Los textos habían sido traducidos. De dicha traducción se deducía que el mítico rey Salomón había escondido el Arca de la Alianza bajo el majestuoso templo que en su día construyera. Las traducciones habían partido de un texto que decía "...

Probablemente en una estancia, o gruta bajo el templo se habían enterrado los tesoros que se pretendía proteger de las invasiones persas. El templo había sido destruido por los invasores, pero el Arca de la Alianza se había preservado".

Pasaron los años y un segundo templo fue levantado en el mismo lugar. Pero los romanos lo convirtieron en cenizas. El actual "muro de las lamentaciones" es el último testimonio de

este segundo templo. Pero el Arca de la Alianza estaría escondida durante más de mil años esperando ser rescatada por los seres que en las vidas anteriores habían contribuido a su creación y transporte con Moisés, a través del desierto.

En Jerusalén el rey Balduino había recibido a los mensajeros del Santo Padre y a los enviados del Conde de Champagne. Todo estaba dispuesto para su acogida. De hecho se habían habilitado las caballerizas del palacio; una enorme extensión de terreno cubierto, para que sirviera de morada a los nueve caballeros y a sus escuderos. Esta elección no era por casualidad, sino que se trataba de ubicarles precisamente sobre lo que en su día había sido el propio templo de Salomón. Se levantaron empalizadas y se sellaron las puertas. Desde ese momento las caballerizas eran un lugar secreto para el profano y el curioso.



REY BALDUINO

Una expedición de una treintena de hombres llegó al palacio del rey Balduino. Fueron acogidos con cordialidad. Y al poco de instalarse comenzaron los sondeos. En turnos de mañana, tarde y noche. En cuadrillas de tres caballeros y seis escuderos, se cavaba centímetro a centímetro sobre el endurecido suelo del antiguo templo. Los escuderos ajenos a cuanto allí se hacía, se preguntaban sobre el significado de aquella febril tarea. Pero el juramento de los nueve caballeros era sagrado y el trabajo se realizaba metódicamente, en silencio y con una absoluta disciplina.

El rey Balduino recibía en palacio a los caballeros y frecuentaba sus reuniones. Para acallar a los nobles y capitanes cruzados, corrió la voz de que se trataba de caballeros que habían venido para formar una Orden y que estaban habilitando el palacio y tomando contacto con el lugar, para combatir a los musulmanes, defendiendo los lugares santos.

El problema no era el cavar en extensión sino en profundidad. ¿A cuántos metros de profundidad podría estar el Arca? Se estableció que serían de diez a doce metros por sondeo. Una vez a esta profundidad se bajaba una piedra redonda en forma de muela. Se mojaba ampliamente el pozo y se golpeaba con mazas. Si estaban sobre una cueva o algún espacio vacío, el sonido era opaco y resonante, mientras que si sonaba de una manera distinta, se deducía que allí no había nada. El tiempo pasaba, en la medida que crecían los

callos y el cansancio de los caballeros. Pero la explanada del templo tenía cerca de mil metros cuadrados y aquella tarea era sin duda extenuante.

El domingo no se trabajaba y los caballeros se reunían para conversar y contrastar las noticias que venían de Francia o para comentar la incidencia de las batallas de los cruzados.

- Si encontramos el Arca de la Alianza; yo prometo hacer el camino de vuelta que trajo Moisés desde Egipto. Quiero ir al Sinaí para dar gracias a Dios.

Las palabras de Payen no sorprendieron a nadie; al fin y al cabo era el raro del grupo y sin duda esta era la enésima rareza que se le ocurría. Los caballeros se echaron a reír. Pero como era de esperar, Godofredo Bissol y Archembaud, se unieron a la fiesta asegurando que ellos también irían a realizar este viaje. No podían dejar solo a Payen. Lo que realmente estaba haciendo nuestro héroe, era preparar el terreno sin sospecha para devolver el Ojo de Ra y cuanto encontraran. De hecho el propósi-

to de hacer esta aparente absurda peregrinación, había sido asumida por todos, pues fueron muchas las veces que Payen lo había afirmado en las reuniones grupales, hasta que finalmente nadie le dio importancia.

Cierta día acudieron a palacio unos mercaderes que no eran precisamente árabes, ni cristianos; su tez morena y aceituna no parecía encajar en las razas convencionales que Godofredo Bissol conocía. La curiosidad pudo más que la apatía y se encaró con uno de los visitantes:

- ¿Quiénes sois? ¿De donde venís?

El comerciante, con más miedo que espanto se fijó en la enorme espada que colgaba del cinto de Godofredo y respondió presuroso:

- Soy comerciante en seda. Vengo del país donde sale el Sol, del reino de Krisna (India) del lugar donde las montañas tocan el cielo.



Godofredo se quedó perplejo, puesto que ni conocía este reino ni había oído hablar de tales personas y de sus montañas. La conversación se fue prolongando hasta que finalmente tuvo una visión, más o menos, aproximada de quienes eran y de la vida y milagros de esta raza.

Lo que más les sorprendió era su marcado pacifismo y el tremendo respeto y devoción que tenían a sus dioses.

Como la conversación le motivó en extremo, se citó con los comerciantes en una de las posadas de Jerusalén y con prontitud, comentó a Payen y Archembaud el curioso encuentro. Estos, igualmente curiosos e inquietos se dispusieron a la entrevista; pero al tratarse de paganos o de herejes, lo guardaron en secreto por si el resto del grupo pensara mal.

El encuentro fue el primero de una serie de contactos curiosos y enriquecedores que de una u otra manera cambió la vida de estos caballeros, ampliando su conciencia y redimensionando el concepto de Dios y de la doctrina.

- ¿Vosotros creéis en Dios? -pregunto Archembaud-

El más mayor de los tres comerciantes, de barba blanca y de ojos negros profundos y serenos respondió:

- Por supuesto que creemos en Dios, pero no en el que vosotros veneráis. Vuestro dios es un ser nacido de una madre y de un espíritu, es de carne, y por tanto esta sujeto al karma. Dios; el nuestro y por supuesto el de todos los seres vivos no puede morir en una cruz, pues es inmortal, no puede encarnar en un solo ser, pues habita en todas las formas de vida. No tiene barbas. Ni se dedica a hacer guerras santas, ni mete a nadie en el cielo ni en el infierno.

Godofredo, en forma refleja ya había sujetado la empuñadura de la espada, pues de ninguna manera iba a aceptar que insultaran a Jesucristo. Payen, sujeto con dulzura la mano de su amigo y pregunto con vivo interés:

- ¿Cómo contempláis la muerte y el Mas Allá?

- Me llamo Mathur; solo soy un discípulo, pero nuestros hombres santos nos han enseñado desde el principio de los tiempos que el cuerpo humano muere, pero no el alma. Que cuando morimos, dejamos nuestra envoltura en la Tierra y nuestra alma viaja con su experiencia al espíritu. Y una vez en su presencia, se hace un arquero de lo que he aprendido en esa existencia y de lo que debo aprender. Se mira el Karma; es decir, las ataduras y conflictos que

no he resuelto en la rueda de las reencarnaciones y por tanto en qué medida la vida que hemos pasado en la Tierra, nos ha ayudado a comprender, mitigar o compensar el karma. Luego, nuestro espíritu, que es sabio y es esencialmente Dios, nos ordena retornar a la vida de la materia para seguir aprendiendo y con la ayuda de los señores del Karma, elegimos nuestros padres, nuestro sexo y las condiciones necesarias para satisfacer las deudas pasadas y las lecciones por aprender. Tomamos por tanto un cuerpo y seguimos en la andadura de la perfección por miles y miles de vida, hasta ser mañana, lo que vosotros llamáis, ángeles, arcángeles, querubines. etc., etc. Esta es nuestra doctrina.

Los tres caballeros dieron un respingo en sus asientos. Sin saberlo ni pretenderlo, habían dado con una filosofía que congeniaba perfectamente con sus especulaciones de los años anteriores. Comprendían finalmente que no estaban locos, y que las experiencias de sus supuestas vidas pasadas en Egipto podrían ser reales.

El mayor de los comerciantes amplió aún más estas reflexiones:

- Dios no es tan sádico como para enviar a

nadie al infierno, para que se quemase por toda la eternidad. Vuestra religión es una religión de miedo y de sangre. Nuestras creencias son de amor y libertad. El infierno es la conciencia dolorida por el remordimiento, por el error y por la falta de luz. El cielo es el gozo del amor, de la sabiduría y de la plenitud del espíritu. Como bien dice Mathur, si en esta vida eres asesino, después de la muerte irás al mundo de los asesinos; estarás en la permanente incertidumbre de matar o de ser muerto y esto es el infierno. Pero si en esta vida has alcanzado un estado elevado de conciencia y gozas compartiendo, siendo generoso y aprendiendo de las experiencias de la vida material, el más allá será otra maravillosa aventura, donde seguirás aprendiendo y ganando en sabiduría. Estarás por tanto en el cielo.

Los tres caballeros estaban encontrando un mundo absolutamente alucinante. Estos comerciantes representaban una puerta hacia un estado de conciencia nueva. Archembaud estaba inquieto y preguntó:

- ¿Cómo veis las cruzadas?

El tercero de los comerciantes, hasta ahora silencioso, respondió:

- Si no creemos en un dios encarnado en un cuerpo material, ¿Cómo vamos a matar por

poseer unas piedras o unos lugares, donde vivieron estos supuestos dioses? Dios habita en las plantas, en las piedras, en el aire y sobre todo en el corazón de todos los seres humanos. Los judíos matan y mueren por poseer un muro; los musulmanes matan y mueren por mantener una mezquita de piedra y los cristianos ven como lugar sagrado una cueva o una montaña, por donde caminó el mismo hijo de Dios. ¿Por qué un hijo de dios blanco y no negro o amarillo? Dios no es sino la proyección o la imagen de nuestra limitada concepción. El Dios del sabio es más perfecto, que el Dios del ignorante. El Dios del guerrero, empuña una espada. El Dios del poeta recita versos y el Dios de la madre es la expresión del amor familiar.



- ¿Entonces, en vuestra tierra, habéis encontrado la clave de la felicidad? ¿No tenéis guerras? ¿No tenéis ambición? - preguntó Payen. La risa de los tres comerciantes salió espontánea y sonora, sorprendiendo a los caballeros.

El queso de cabra y el vino que presidía la mesa iba disminuyendo en la medida que la conversación se hacía familiar y saludable. Las risas y las sonrisas creaban un verdadero clima de absoluta despreocupación fraternal.

- Dada nuestra condición de comerciantes, hemos recorrido pueblos, culturas y religiones distintas. El ser humano es igual en oriente y occidente. En nuestras tierras se da también el dolor, el fanatismo, la guerra y la ignorancia. Solo unos pocos han conseguido llegar a un estado de conciencia más elevado. Y desde ese estado, viven la virtud en la discreción el silencio y la aparente simplicidad. Y los seres que viven ese estado de conciencia no tienen nación, no tienen tierras, no tienen fronteras. Están en el mundo, pero no son del mundo. Ellos han conseguido integrarse en la verdadera fraternidad humana. Ellos son los "Hijos del Sol".

Aquellas palabras fueron la clave definitiva, pues el corazón de los tres caballeros se encogió al unísono y unas lágrimas silenciosas resbalaron sin querer por sus mejillas. Al oír "los Hijos del Sol" los resortes de la memoria espiritual les hizo retomar el estado de paz interior y de sabiduría que en las otras existencias les había identificado como iniciados en

los mismos valores universales.

El queso, el pan y el vino se habían terminado definitivamente pero el tiempo la prisa y el miedo habían desaparecido de la reunión. Pero las sorpresas no habían terminado.

Los seis personajes estaban en un rincón de la posada. El día estaba declinando. Los posaderos comenzaron a encender velas.

Jerusalén en aquel tiempo, al igual que ahora, concentraba un sinfín de gentes de diversa condición y credo. Estaban los cristianos, los

musulmanes convertidos, los esclavos, los comerciantes, el clero, los desertores, los heridos, las prostitutas, etc., etc., En la misma medida, la posada donde se desarrollaba la conversación, estaba visitada por otros tantos personajes de la condición social antes referida.

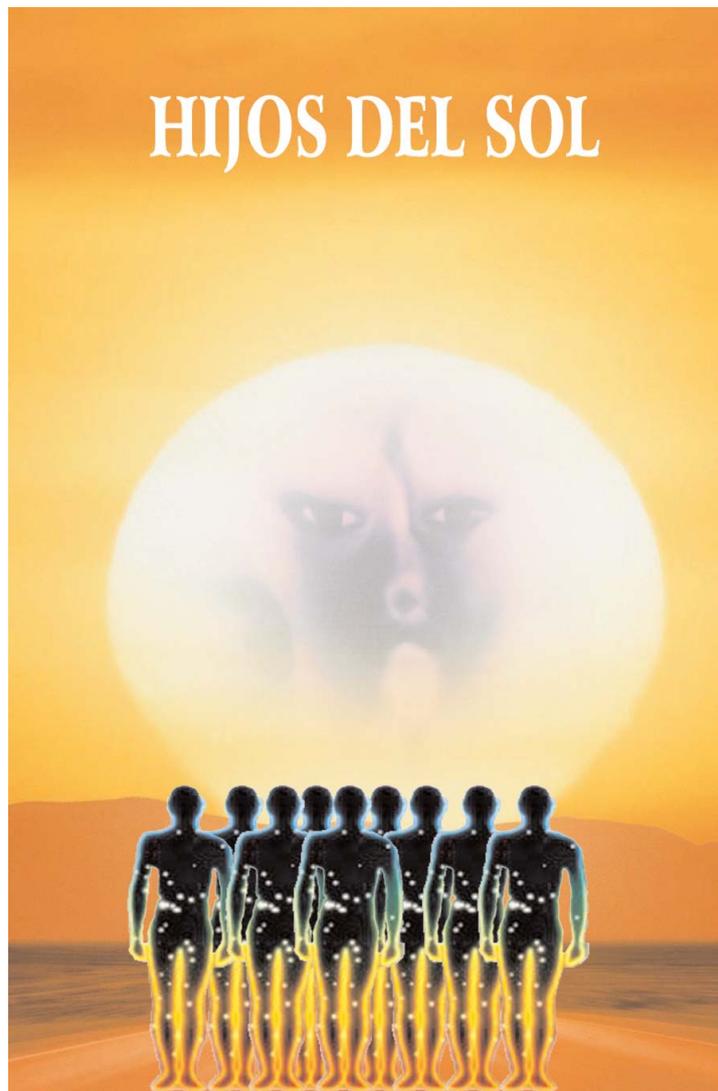
Mathur giró la cabeza a la vez que una sonrisa precedía a una exclamación:

- ¡Mohamed! ¿Qué tal estas, querido hermanos?

Tres personajes de mediana edad, con barbas puntiagudas y turbantes de color azul pálido se acercaron a la mesa. Godofredo, el de reacciones más vivas le susurró a Payen:

- Estos malditos moros están en todas partes. ¿No se les ocurrirá sentarse a nuestra mesa?

Efectivamente el cruzado había acertado, puesto que el comerciante arrastró a los ára-



bes a la tertulia. Payen volvió a tocar con suavidad en la pierna de Godofredo, para que se tranquilizará y no sacara la espada. Algo en aquellos seres les hacía diferentes del resto de los presentes. Quizás su mirada, su porte o una extraña aristocracia que emanaba de sus sonrisas plácidas y relajadas.

- Estos amigos son al igual que vosotros soldados de una causa espiritual. Son seres que están en el mundo, pero que no son del mundo. Son musulmanes y a la vez herejes dentro de sus propias creencias. Hace varios años que mantenemos contacto participándonos los misterios y el conocimiento. Ellos han viajado a mi país y fueron ellos los que nos introdujeron en las cortes de sus príncipes.

Se sentaron, hablaron, rieron, lloraron y comulgaron en la misma utopía. Todos luchaban no por sus príncipes o sus reyes, ni por sus sacerdotes, todos concebían la sinarquía espiritual de todas las razas. Todos eran "Hijos del Sol". Aquellos encuentros se repitieron en muchos enriquecedores contactos. Aún después de que los comerciantes retornaran a sus rutas en las caravanas que regresaban a Oriente, los cruzados, los asiáticos y los musulmanes formaron una auténtica fraternidad. Todos ellos sabían que mañana quizás debían enfrentarse en el campo de batalla, puesto que estaban en el mundo y formaban parte de él, aunque en sus espíritus fueran hermanos e hijos de las estrellas.

Llegado un determinado momento en que los corazones de todos ellos se abrieron de par en par, y que la fidelidad les obligaba como el mayor y mejor de los juramentos, Mohamed y sus amigos, se juramentaron para que; en el caso hipotético de que se encontrará el Arca, acompañarían a los cruzados en el viaje de retorno a Egipto, puesto que la causa de los caballeros cristianos, era exactamente la misma que la de ellos. Todos eran hijos del mismo Padre Abraham y todos tenían los mismos fundamentos teológicos, genéticos y espirituales.

Los iniciados musulmanes no tenían problemas para abandonar sus obligaciones y hacer

el viaje con el Arca de la Alianza, puesto que en su momento pensaban decir que, como obliga su ley, debían caminar a la Meca. Incluso Mathur les habló de acompañarles en las sendas de Egipto, aprovechando las viejas rutas de otros comerciantes de su misma. Sin haberse programado, sin acuerdo previo, los hinduistas, los musulmanes y los cristianos estaban creando una verdadera fraternidad espontánea. A lo largo de meses, incluso en años, este grupo tuvo que enterrar a sus dioses de carne, para encontrar un vehículo espiritual de unión, de fraternidad, de trascendencia.

Todo estaba preparado. Solo faltaba encontrar el Arca de la Alianza.

EL ARCA DE LA ALIANZA

Habían pasado ocho años desde que el grupo de Francia llegara a Tierra Santa. El Rey Balduino había contraído una tremenda infección, que amenazaba con su muerte. La desesperación parecía anegar la vida del monarca. De una u otra manera, el encontrar el Arca de la Alianza podía traer consigo alguna forma de hipotética curación, dado que la tradición sagrada hablaba de que en el Arca se encontraba la famosa vara de Moisés, capaz de separar las aguas del mar. Incluso se sabía que muchos enemigos que habían tocado tal reliquia, habían quedado fulminados por la energía que emanaba de su interior. El Rey Balduino urgía a los caballeros que encontrarán el Arca.

Fue en plena noche. Payen se despertó, pero a semejanza de otras tantas ocasiones, no se podía mover. Estaba en desdoblamiento; es decir, su cuerpo físico estaba en la cama, pero su espíritu estaba desdoblado observando divertido el frío cuerpo que lo albergaba.

- Payen. Es el momento. Vete a las caballerizas y observa el suelo. Verás una luz tenue sobre la tierra removida. Cava sobre ella y encontrarás el Arca. Avisa a tus amigos. Date prisa.

Un ser luminoso, con una túnica brillante, se

asomaba a su presencia, trasmitiéndole estas palabras e irradiando una beatífica sensación de amor fraternal. Casi al instante el ser luminoso desapareció. Payen se vio arrojado a su propio cuerpo a la vez que todos sus músculos se pusieron en resorte para levantarse presuroso y llamar con sigilo a Godofredo y Archamband. Era la noche del domingo hacia la una de la madrugada. Nada se movía, todo estaba en un sepulcral silencio. Los tres caballeros salieron de su aposento y se dirigieron a las caballerizas.



Tal y como la visión le había indicado, Payen divisó una pequeña luz sobre una de las zanjas abiertas días antes. Incluso Godofredo podía verla.

- Cavemos aquí -dijo Payen-
 - ¿Pero si ya hemos cavado hace días? - Protestó Archamband-
 - No importa, cavaremos de todos modos
 Efectivamente bastaron uno minutos para que Payen y Archamband cayeran estrepitosamente a una zanja subterránea abierta bajo sus pies.
 - ¿Estáis bien? - Gritó Godofredo-
 - ¡Calla insensato! Vas a despertar a todos. Trae un candil. Aquí no se ve nada. ¡Estamos bien! - Replicaron los dos caballeros-

Los tres caballeros comprobaron que una cámara circular de sillares perfectamente tallados contenía un ara de piedra arenisca, sobre la que yacía una caja de madera, con repujados de oro viejo. Sin duda se trataba de una madera noble, puesto que el paso del tiempo no había disminuido su brillo ni las inscripciones bellísimas realizadas por el buril de los artesanos hebreos del tiempo de Moisés. La caja tenía poco más de un metro de largo. Sesenta centímetros de ancho y ochenta de alto. De los cuatro costados de la caja pendían unas anillas metálicas de cobre. Al parecer esas anillas eran para insertar las pértigas que utilizaban los portadores en su transporte.

La mortecina luz de los candiles no mermaba la tremenda visión de aquella santa reliquia. Con ceremoniosa parsimonia los caballeros abrieron suavemente la tapa del Arca. Tenían miedo de que al destaparla, un rayo les fulminara, pero no ocurrió nada. Poco a poco se fueron dibujando los instrumentos que allí se encontraban.

Había pergaminos, escritos en ideogramas o escritura egipcia, pero también los había en arameo antiguo. Poco a poco fueron apartando los pergaminos, para dar paso a varios objetos. Destacaba una piedra de color rojo, en forma puntiaguda, que Payen identificó en su cerebro como la piedra que estaba inserta en la vara de Moisés. En la medida que el candil iluminaba el resto de los objetos, las lágrimas de los tres caballeros irrumpían silentes y continuados, a la vez que en sus cerebros, aparecían imágenes familiares de sus otras vidas. De las existencias en las que habían manipulado esos objetos como sacerdotes como sabios y como custodios de aquellas reliquias traídas por los antiguos dioses egipcios.

Aparecieron varias estatuillas que a primera vista parecían pequeños diablos, pero eran representaciones de gnomos y elementales de la naturaleza, que los egipcios utilizaban para invocar a la lluvia, activar la cosecha o para frenar las plagas. (Estas figuras fueron luego copiadas por los templarios y fueron conocidas como el Bafomet. Por eso fueron acusados en su juicio de adorar al diablo) Aparecieron las

piedras preciosas que Moisés había tomado del templo de Isis. También el escapulario de Aarón con sus incrustaciones de gemas. Pero en el fondo del arca, envuelto en una pequeña bolsa de tejido rojo, apareció el "ojo de Ra".

Cuando Payen tomó la reliquia en su mano. Cayó de rodillas, llorando con fuerza. El había sido el guardián de aquel tesoro. La pesadumbre del espíritu que le había sometido vida tras vida, iba a desaparecer. Finalmente el regalo más importante de los dioses estaba en su mano. El ojo de Ra, el Hierofante sagrado, con el que los hombres sabios se conectaban con los dioses, estaba ahora con su guardián. Los dos compañeros observaron la reliquia y

var la saca al sitio menos insospechado, donde de ninguna manera nadie podía encontrar; es decir, a la casa de Mohamed; a la casa de un infiel, que siendo enemigo de los cristianos era hermano iniciado en los misterios de la vida y de la muerte y por tanto atado espiritualmente a los tres caballeros templarios y a Mathur y los suyos.

Payen y Archamband comenzaron a gritar despertando a todos los caballeros y a los escuderos. Estaba amaneciendo y sus gritos sobresaltaron a propios y extraños.

- ¡La hemos encontrado! ¡La hemos encontrado!



se preguntaban cómo aquella piedra roja podía transportarles al pasado, al futuro o a otro universo. Pero no tenían tiempo para filosofar. Algunos caballos comenzaron a relinchar y su presencia podía levantar sospechas. Tomaron una saca de esparto e introdujeron en su interior las estatuillas de los "Bafomet", las piedras preciosas, los pergaminos egipcios y el ojo de Ra y los introdujeron en la misma. Dejaron en el Arca las tablas de la Ley, que ciertamente eran de piedra, los papiros hebraicos, el escapulario y la piedra de Aarón, las estatuillas de origen judío y otros tantos objetos diversos y salieron precipitadamente del pozo.

Fue Godofredo Bisson quien se encargó de lle-

La alegría fue tremenda. Finalmente después de nueve años el sagrado objetivo se había cumplido. El Rey Balduino, el primado del Papa. Todos y cada uno de los dignatarios que tenían acceso a esta misión se felicitaban. El más grande de los tesoros de la cristiandad había aparecido, ratificando el libro Sagrado. Salomón había escondido muy bien el tesoro, pero la tenacidad y fe de los caballeros había superado todos los obstáculos.

Comenzaron los preparativos para una expedición de retorno a Francia. El Conde de Champagne, los obispos galos y los nobles que estaban al corriente de la misión reclamaban el patronazgo del descubrimiento y exigían

el botín. El papa reclamaba en igual medida y en nombre de Dios y para la sede de Roma el tesoro. Finalmente se estableció que la expedición retornara a Francia en primera instancia y luego intervendría el Papa. La sede de Roma no podía dejar en manos francesas unos de los fundamentos de la fe cristiana.

Se conoce históricamente, por estar bien recogidos, los pasos que siguieron a este hallazgo. Fue Bernardo de Claraval quien puso en marcha toda una logística de apoyo para crear la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, conocidos por Templarios. Cuando Hugo de

que descubrieran el Arca, les garantizaba el apoyo de sus compañeros y la ausencia de cualquier duda o recelo. ¿Qué hubiera pasado si se hubieran enterado del robo de parte del material del Arca? Afortunadamente ni se enteraron ni se dudó de la honestidad de los tres. Han pasado cientos de años, y es ahora, a través de este relato cuando se revela la verdad. Resulta curioso que al tiempo de redactar estas cuartillas, veo en la televisión un programa que habla del libro "El código secreto de la Biblia". Este libro que al parecer responde a un sinfín de preguntas por medio de una clave matemática aplicada a un ordenador, contiene

en forma holística toda la historia de la Humanidad. Pasado, presente y futuro. Preguntado el libro sobre el paradero del Arca de la Alianza, la respuesta fue tajante. "se encuentra en Egipto" incluso da una cifra, que algunos entienden que puede ser el paralelo de su ubicación.

Y se formó un grupo curioso y por supuesto con tintes sinárquicos;

que era lo más importante. Mathur con otros dos compañeros, tenían que ir a Egipto, puesto que era una ruta que realizaban muy a menudo para vender sus mercancías. Mohamed y otros dos compañeros dijeron a los suyos que iban a la Meca, tal y como era obligado para los fieles musulmanes. Y finalmente los tres caballeros cristianos.

Los mulos transportaban la mercancía; en mayor medida, sedas y tejidos orientales. Pero, además de los instrumentos del viaje, un mulo llevaba el tesoro más importante de la Historia del hombre. El "Ojo de Ra" era la televisión del pasado; era el instrumento que empleaba el iniciado para adentrarse en el pasado y en el futuro. Si los otros caballeros cristianos hubieran sido conscientes de este hallazgo, no lo habrían valorado en sí mismo, puesto que el fanatismo religioso cristiano,



Payns a la cabeza de los caballeros llegó a la Champagne, los obispos, los nobles y varios reyes europeos se comprometieron con dinero, con caballeros y con entusiasmo para que dicha Orden se creara.

Pero antes de que se constituyera la Orden, ¿Qué pasó con Payar y sus dos compañeros? Efectivamente entre el hallazgo y el retorno de todos los caballeros a Francia pasaron aproximadamente diez meses. Y en este tiempo nuestros héroes pasaron a cumplir su secreta promesa con escrupuloso celo y entusiasmo.

A Hugo de Payns y al resto de los caballeros no les sorprendió en absoluto que Payen, Godofredo y Archamband, anunciaran su peregrinación al Sinaí. Era de esperar y por otra parte el hecho mismo de que fueran ellos los

valoraba más las tablas de la Ley o la vara de Aarón, que aquella reliquia milenaria entregada por los dioses a los hombres, para que no se sintieran huérfanos.

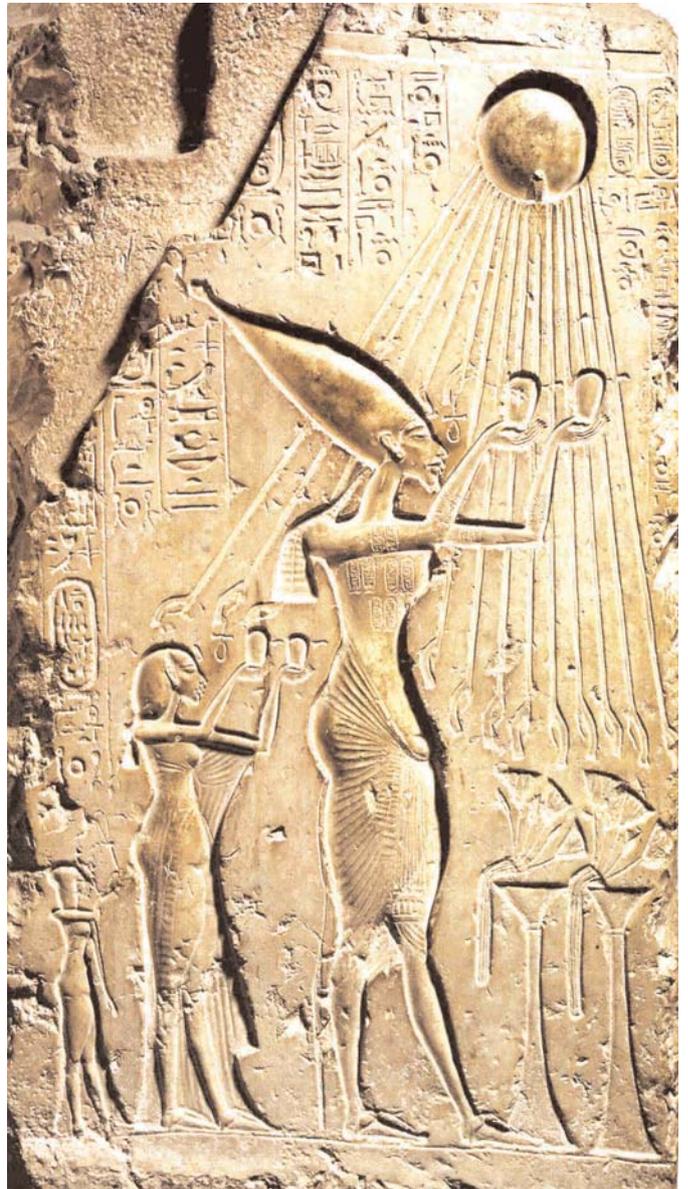
Tardaron tres meses en llegar al Sinaí. El desierto de aquellas latitudes les había sometido a una buena prueba. Payen y sus dos amigos no estaban acostumbrados al desierto y a aquellas caminatas. Cuando finalmente vieron el monte sagrado, el alma de todos los viajeros estalló de felicidad. Todos sabían que aquel paraje era la puerta a la morada de los dioses. Todos estaban esperando un contacto. Y ese contacto no tardaría en darse.

Como era habitual, fue Payen quien recibió en su percepción extrasensorial las instrucciones de guardar ayuno durante una semana completa. Y efectivamente todos ayunaron, con la esperanza de ver a los dioses. Fue exactamente el séptimo día y en las heladas noches del desierto, cuando los gritos de Godofredo despertaron a todos los peregrinos:

- ¡Están aquí! ¡Están aquí!

Todos se levantaron al unísono y con más miedo que espanto en su cuerpo. Una luz inmensa que venía de la montaña se movía hacia el campamento iluminando toda la zona. Nadie podía conocer el diseño de una nave espacial, puesto que la tecnología de aquel tiempo no podía ni imaginar un vehículo aéreo. No pasó nada. Los supuestos dioses no bajaron a saludar a los peregrinos. No hubo milagros. Pero el pecho de todos ellos casi estalla de presión emocional. Entendieron entonces que su misión era divina, que no estaban solos, y que los hermanos superiores bendecían su viaje. Todos entraron en una especie de trance. Todos se vieron transportados a una especie de estancia llena de luz. Todos y cada uno se vio tendido en una cama extraña. A todos y cada uno de ellos (excepto Payen, que ya lo tenía) les fue implantado un extraño objeto en el cerebro. Un objeto que a lo largo de sus respectivas vidas les habló, les entregó visiones, les mostró silenciosamente el camino hacia un programa que; hace miles de años, en ese momento y en el momento en que

cuento mis recuerdos, constituye y constituirá en el futuro: el programa de "Los Hijos del Sol". Después de esta misión, en el regreso a sus respectivas vidas, cada uno de estos iniciados, estaba en el mundo y siguieron las pautas del mundo, pero no eran del mundo. Se dieron cuenta entonces del sentido de la vida. Comprendieron que los pájaros, los gnomos, la vida en si estaba atada y vinculada al espíritu de los seres humanos. Comprendieron que un pensamiento positivo genera la vida y la continuidad de las especies y que una mala acción, un mal pensamiento, mata la vida. A partir de ese momento vieron que eran exactamente "Dios" un Dios más o menos consciente, que vive en cada hálito de vida. Un Dios que vive activo y feliz en la práctica de la virtud y en la esperanza de un mundo mejor y feliz.



**Gran Palacio de Amarna. Altura 102 cm.
Museo Egipcio de El Cairo.**

puede estar solo. La Fraternidad Solar, ha estado, está y estará realizando la sagrada misión de la sinarquía vital de la continuidad de la vida. Comprendieron que como ellos había en el mundo ciento cuarenta y cuatro mil espíritus que tienen a su cargo la vida, la continuidad, el programa del devenir de la especie y de la vida. Se dieron cuenta que ya no estaban huérfanos, que aún viviendo en la materia, su familia vivía, vibraba y sentía en la dimensión de la eternidad. Se dieron cuenta que el tiempo no es sino una abstracción relativa, puesto que el ser humano era, es y será eterno.

El resto del viaje fue fácil. Tardaron tres meses más en recorrer Egipto. Pero esta vez no iban solos, puesto que por el día y por la noche, una extraña luz, les guiaba. Parecía una estrella para el ignorante, pero era la morada de los dioses para estos iniciados. Aquella luz paró definitivamente en unas extrañas ruinas. Fue justamente en el antiguo palacio de Amarna, el palacio que lo fuera en su día de Akenatón, el faraón que fundó la Fraternidad Solar.

Cavaron entre todos una zanja pequeña en tamaño, pero profunda, al pie de las ruinas y allí metieron el "Ojo de Ra" y el resto de los objetos robados en la antigüedad. Y allí siguen, hasta que en el futuro, sean retirados por quien está designado para este menester.

Tardaron cinco meses en regresar a Jerusalén. Cada uno de los hermanos se dispersó. No volvieron a verse en el plano físico. Pero cada noche, sus espíritus se desdoblaban y eran convocados a la Sagrada Estancia de la Fraternidad Solar. El templo astral donde se reunieron, se reúnen y seguirán reunidos los "Hijos del Sol".

Esto es cuanto vi. Y es cuanto me ha sido autorizado contar.

No importa en absoluto si Vds., lectores, lo creen o no. Mi trabajo es contar cuanto se y con esta tarea cumplo mi cometido.

LOS TEMPLARIOS - EL FINAL

"La expedición de los peregrinos transitaba por el Reino de Navarra a la conquistada meta de Santiago de Compostela. Eran muchos los días que el grupo salido de la Champagne francesa había empleado para llegar a estos parajes, y lógicamente tanto los caballeros como sus animales estaban cansados.

Jean de Lorena acompañaba a su amo Philippe, el Templario de capa blanca y malla férrea que rodeaba su cuerpo fuerte y curtido a base de batallas en tierras palestinas.

La noche la habían pasado en la hospedería que se ubicaba contigua a la iglesia templaria del "Santo Sepulcro" de la ruta del Reino de Navarra, más allá de las tierras de Estella.



Fue a primeras horas de la mañana siguiente, cuando Jean comentaba a uno de los escuderos de la expedición, el sueño que había tenido la noche anterior. En dicho sueño vio la parte alta de un castillo y en la cúspide de una de las naves principales se formaron tres rombos de los cuales aparecieron tres símbolos: en el primero, un corazón de color púrpura; en el segundo, dos árboles - que según le pare-

cieron habrían de ser olivos - y en el tercero, una cruz a semejanza de las que los Templarios viajeros y peregrinos llevaban en sus monturas y capas.

Precisamente el Jefe de la Encomienda de Estella había ido a despedir a los Caballeros en esa jornada y no pudo evitar escuchar parte de la conversación entre ellos. Enseguida interrogó a Jean de Lorena sobre su visión:

- ¿Cuándo has visto esos símbolos, hermano?
- Esta noche, mi Señor.

El Principal de los Templarios se quedó un poco extrañado pensando cómo aquel joven había podido acceder a los pergaminos y órdenes que hacía poco habían sido enviados del Capítulo General de Paris. En dichos pergaminos secretos aparecían justamente los signos que Jean había visto en sueños, y era absolutamente imposible que hubiera podido acceder a la caja de roble sellada donde se guardaban en la Encomienda de la ciudad.

- Hermano, esos símbolos son muy importantes y desde ahora debes prestarte a informar al Capítulo General de la Orden, pues el cielo te ha designado milagrosamente al efecto.

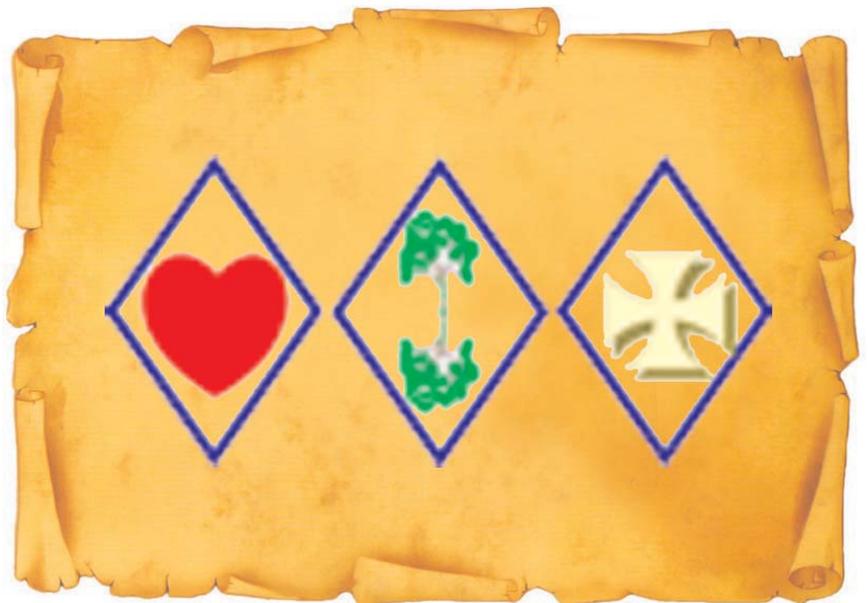
Jean se quedó maravillado de que un simple sueño pudiese tener tanta trascendencia y tan sólo se limitó a encogerse de hombros y asentir con la cabeza.

El Principal y Jean se acercaron a Philippe y le pidieron permiso para que el sirviente fuera relevado de sus obligaciones. Le asignaron en compensación otro hombre que haría las tareas hasta Santiago y su regreso. Después, Jean fue alojado en la casa del Principal y estuvo allí escasamente un día, tiempo imprescindible para ser vestido adecuadamente y prepararse para el viaje de regreso a la Francia de la que había partido. El Principal preparó una carta manuscrita y lacrada para el Intermediario de la Encomienda de la Champagne, y se la dio para que la custodiara

como si de su propia vida se tratara. A continuación le introdujo en un subterráneo y traspasando una puerta maciza de roble, le mostró el cofre que contenía un papiro enviado por la Casa Principal de Paris donde se encontraban a su vez los tres rombos que él había soñado. No contenía el papel nada más que los tres rombos, ninguna otra inscripción o contraseña.

Nada explicaron a Jean sino que por todo razonamiento se vio zarandeado en el mar de la confusión. Montando en su caballo fue acompañado por dos caballeros y tres escuderos a la frontera del Reino de Navarra por el lado de Francia, puesto que en 1307, año en el que nos encontramos, dichas fronteras no tenían las mismas formas y extensiones que tienen ahora. Una vez en la frontera, fue trasladado a otra escolta que sin dilación le volvió a llevar hasta el castillo de Arginy, en la Campagne francesa.

Jean conocía muy bien su propia región natal y todo lo del Temple le era familiar, primero por pertenecer a uno de los gremios que se afincaban frente al castillo y segundo por sus servi-



cios directos al Caballero Philippe que le habían ocupado sus 33 años que son los que tenía ahora. De la Orden siempre le habían seducido los secretos que eran atesorados por los Principales y que celosamente guardaban en su interior. Conocer aquella sabiduría era toda una proeza, máxime cuando poderosos y nobles -incluso el propio Rey de Francia Felipe

IV "El Hermoso"- había querido integrarse en la Orden sin éxito puesto que su solicitud había sido denegada. Aquella negativa al máximo exponente del poder había creado alrededor del Temple toda una seducción que hacía a los buscadores del espíritu intentar el acceso en la misma. Venían de los lugares más lejanos para entrar en las filas templarias y se ofrecían para los trabajos más modestos con tal de entrar un día en los primeros puestos como caballeros de prestigio y tener la gloria de vestir la capa blanca con la cruz que ondeaban orgullosos en los combates de las Cruzadas por tierras infieles.



Todo aventurero debía perfilar su espíritu para servir en el ejército de Dios enrolado en el Temple. No existía por aquel entonces galardón máspreciado que dicho servicio, y por tanto toda Europa contemplaba a aquellos seres altivos y aristocráticos como la salvaguarda de los valores de la virtud y del heroísmo.

Decía que Jean fue introducido en el Castillo de Arginy pero esta vez no en el patio principal,

como otras veces, sino que custodiado por sendos Caballeros Templarios, fue escoltado por diversos parajes hasta una puerta con acceso subterráneo por la que fue introducido, quedándose los dos acompañantes de guardia. Bajó tres escalones y a la luz de unos cirios encendidos se enfrentó a la visión de una enorme mesa redonda con nueve sillas vacías rodeándola, en cuyo centro estaba pintado un Sol. Al poco rato, de una estancia contigua pasó un hombre vestido con túnica de saco, capuchón y un cordón de cáñamo atado a su cintura. Tomó asiento en el centro de dicha mesa e invitó a Jean a que hiciera lo mismo frente a él. El hombre vestido de saco tomó la palabra:

- Hermano querido, bienvenido al corazón del templo de nuestra Orden. He leído la carta del Principal de Navarra por la cual me anuncia la visión de los símbolos iniciáticos que te han sido revelados. Sólo ocho hermanos, incluido el Gran Maestre, Jacques de Molay, conocen su significado. Faltaba sólo una persona para que fueran nueve los que interpretaran el misterio. Este compromiso ha recaído en ti, debes sentirte privilegiado, por tanto, pues es el mayor honor que te corresponde como hombre y como servidor.

- Poco entiendo, mi Señor, de cuanto me cuentas, pues desde hace varias jornadas soy transportado de paraje en paraje como si fuera una doncella sin saber que un simple sueño tuviera tanta importancia.

- Querido hermano, no somos lo que creemos ser ni sabemos lo que ahora recordamos. Somos lo que el espíritu nos revela a cada instante del pozo del conocimiento que cada ser contiene y que llena a lo largo de sus vidas por la experimentación.

Los cirios encendidos en nueve puntos de la estancia circular parpadeaban sigilosamente haciendo extrañas sombras en la atmósfera casi azulada de aquel bajo del castillo. A la vez, un extraño perfume indescriptible, como si de incienso se tratara, parecía inundar el lugar impregnando cada átomo de la presencia vital de la habitación. El Caballero prosiguió:

- La silla que tú ahora ocupas fue a su vez ocupada hace muchos años por uno de los fundadores de nuestra Orden llamado Bernardo de Claraual - San Bernardo - y estas otras sillas vacías son a su vez las de los nueve compañeros que fundaron "La Milicia de los Pobres Soldados de Cristo" y que como bien sabes fueron: Hugo de Payns, Hugo de Champagne, Andrés de Montbard, Geoffrey de Saint-Omer, Andrés de Gondemare, Roffal, Payen de Montdiei, Goefroy Bissor y Archambault de Saint-Aignan. Todos estos Caballeros recibieron el conocimiento iniciático en el Templo de Salomón que nuestros cruzados tratan de preservar para el pueblo cristiano y que a su vez los musulmanes desean para ellos.

dad.

Jean interrumpió:

- ¡Pero adorar al Sol es idolatría!
- Todos los pueblos de la Tierra han adorado al Sol, y los cristianos asimismo llamamos a Jesús "el Verbo Solar Cristo" o máxima expresión de la luz. ¿No dijo el Maestro "Yo soy la luz del mundo"?
- Sí, pero era una alegoría.
- ¿Cuál es la luz del mundo, entonces?
- Ciertamente el Sol...
- Nada podría vivir sin el Sol, y es más legítimo adorar a un Dios que nos da vida y calor que a las imágenes frías que cuelgan de los templos.



El Temple desea conseguir la Sinarquía de todos los pueblos; es decir el gobierno con Dios de un solo pueblo sin fronteras, sin ritos y sin separaciones culturales y doctrinales. Nuestra misión inmediata puede parecer la guerra, pero nuestra contienda está dirigida a la justicia de cada hombre con independencia de su credo o filosofía particular. Combatimos la injusticia o los intereses particulares, pero deseamos ardientemente la paz del cuerpo y del espíritu.

Un Caballero es ante todo un servidor de los valores de la Orden bajo la obediencia, la castidad, la pobreza, y tenemos como meta fundamental el conquistar esta Sinarquía que propicie el Reino de Dios sobre la Tierra bajo un solo principio universal. El Sol que ves en el centro de la mesa es el exponente de esa uni-

En el Sol hay tres niveles básicos: el físico, el psíquico y el espiritual. Igualmente en el sello de nuestra Orden existe expresada esa trinidad: los dos caballeros sobre un solo caballo. Quiere esto representar que sobre el cuerpo, que es el caballo, cabalgan el alma y el espíritu, que son los Caballeros. Tal y como refleja la Escritura, nosotros los hombres somos Dioses al igual que el Padre. Es por esto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es una trinidad perfecta en el hombre y sobre esta trinidad se asienta todo el orbe católico y las otras religiones.

- Pero, ¿cómo me contáis todo esto a mí? Yo soy cristiano y aunque a duras penas puedo entender, no imaginaba que el Temple tuviera esa doctrina, ¿no tenéis miedo que os acusen de herejía?

- Sabemos a quién y cómo decimos las cosas, y no tenemos miedo de ti, pues has sido señalado por el espíritu. A nadie se le puede revelar cuanto se te ha revelado a ti, pues el dictado viene de arriba. Si has sido señalado para esta misión es por tu preparación. Ya vendrá quien nos traicione y nos acuse de herejía desde su ignorancia.

- Pero, yo no estoy preparado, me siento totalmente abrumado con lo que me dices.

- Aún te sentirás más, pero como te he dicho antes, no somos lo que creemos ser sino lo que el espíritu nos revela a cada instante.

El Caballero prosiguió charlando a la vez que sus ojos penetraban a Jean:

- Nuestra Orden es la bien llamada "del Templo", pero no por adorar las imágenes externas sino por crear en nosotros el verdadero interior donde mora el espíritu. Fue dicho por el Maestro que derribaría el templo y lo edificaría en tres días, aludiendo a su propia persona en su muerte y resurrección.

Cada Caballero Templario es un combatiente de sí mismo pues la batalla más dura del hombre es la que emprende consigo para vencerse en las inercias, imperfecciones y vicios. Esta contienda dura toda la vida.

La mente de Jean se llenaba de contradicciones. El hombre de hábito decía muchas cosas y la evidencia de la vida de la Orden era otra. A este respecto todo el mundo conocía que los Templarios habían plagado Europa de construcciones. ¿Cómo podía por tanto contradecirse tan abiertamente?

- Sé lo que estás pensando, Jean, pero olvidas en tus reflexiones que nuestra idea fundamental es la Sinarquía y no la selección de unos pocos. Si quisiéramos la selección lucharía-

mos para dictar un único modelo, pero no conseguiríamos más que esclavos sometidos a algo que no digieren. La Sinarquía se debe realizar sin enfrentamiento, poco a poco, haciendo que a través de la madurez el hombre termine por comprender.

La gran masa de cristianos necesita todavía del "templo de piedra" y debemos fabricarlo para ellos. De esta manera respon-

demos a las exigencias físicas de la Orden. Otro grupo

desea los aspectos psíquicos y por tanto le introducimos en el voto y el juramento

a los valores morales; y por último, los menos

penetran en el verdadero templo espiritual y allí

permanecen no enfrentando al

hombre sino tutelando su crecimiento y su desarrollo armónico. Los templos a los que

tú te refieres no son, como los hombres creen, unos recipientes vacíos y muertos. Te habrás fijado que

todos tienen ocho lados y una punta en el centro.

- Sí, así es y me pregunto por qué.

- Querido hermano, cuando los nueve Caballeros Templarios se reunieron primero en Jerusalén y luego aquí, determinaron no morir y trascender a través de las formas y de las energías pues la energía puede adoptar diversas formas pero nunca desaparece del seno de Dios, así pues crearon una pirámide octogonal que sobre un punto fijo atrae conscientemente las energías del cosmos que ponen al hombre en actitud de recogimiento para percibir por sus centros espirituales.

- ¿Cuántos son esos centros espirituales?

- Ahora siete, pero cuando el sistema solar se perfeccione serán doce.

- ¿Quiere esto decir que un hombre que busque la verdad con sinceridad puede encontrar mejor dentro del templo templario que en otro lugar?



- Toda la Tierra es un templo de piedra y el Sol es el mejor Dios que cada mañana alumbró la vida, pero ciertamente dentro de nuestras casas las energías se hacen más intelectuales y precisas.

Continuó el Caballero hablando, a la vez que Jean penetraba en la seducción del conocimiento y de la palabra:

- El número nueve es el número del hombre realizado en la sabiduría. Es el número del ermitaño y por tanto aquellos nueve Caballeros reunidos en Jerusalén encarnaban el saber que viene del Padre y que se hace forma en la Tierra. Allende los planetas y el espacio hay ocho sabios que juntos todos forman una unidad que es el número nueve. El nueve a su vez es el contrario del seis que es el número imperfecto del mal y de su expresión. El nueve y el seis juntos forman el círculo o vida que es Dios.

- ¿Quiere esto decir que Dios es circular?
 - Toma cualquier objeto y rodéalo con la máxima perfección, ¿qué figura geométrica emplearías?
 - El círculo, claro.
 - Todos los Soles que tus ojos ven son hijos de Dios o Demiurgos Creadores, cada Sol es un Cristo y de él dependen los planetas y los seres vivos. Todos los Soles son redondos. La partícula más pequeña de la existencia que expresa a Dios también es redonda.

La cabeza de Jean galopaba de inquietudes. El Caballero comprendió que la turbación del neófito le imponía el silencio y le preguntó:

- ¿Deseas ser armado Caballero del Temple?
 - ¿Puedo?
 - Cada Caballero debe pasar las pruebas oportunas pero tu asignación ha venido de lo alto, por tanto nada podemos oponer sino cumplir con la voluntad del Señor. Mañana partiremos, junto con una escolta, a la Casa Principal para que seas recibido por el Consejo Alquímico y por el Gran Maestro, Jacques de Molay, que te estará esperando.

Jean asintió y dijo:

- Así sea.

Salieron a continuación de aquella estancia y dejándola en total quietud partieron para las habitaciones del castillo. Algo vivo y permanente latía en aquella sala subterránea que a Jean, a pesar de ser la primera vez que la veía físicamente, le pareció conocida. Sintió en unas horas que había vivido años. Todo lo que el Caballero le había contado le pareció que formaba parte de su estructura mental y que había estado alojado desde tiempo ancestral. Hasta las almenas que tantas veces había admirado, formaban parte de sus sueños y pensamientos.

El canto de los gallos del Castillo de Arginy sonó como bella melodía en los oídos de Jean, que como rayo impetuoso saltó de la cama para tomar el primer alimento del día y partir para el corazón de Francia.

Una de las alas del edificio estaba destinada a habitaciones y otra a servicios, por lo cual tuvo la necesidad de pasar por el patio y así lo hizo con rapidez pues la mañana era fría y húmeda. Por un momento creyó ver al hermano Caballero del día anterior en las almenas, pero bien podría ser cualquier otro guardia. Pasó a la cocina y se sentó junto con los escuderos y labriegos que estaban al lado del fuego, a la vez que preguntaba por su maestro del día anterior:

- ¿Dónde está el hermano Andrés?
 - Seguramente en las almenas como todas las mañanas -respondió uno de los sirvientes.
 - ¿Qué hace allí solo con el frío que hace?
 - No lo sabemos bien, pero parece hablar al aire y esperar la salida del Sol. Luego viene a la mesa a tomar la comida con todos los hermanos.

No había pasado más de un minuto cuando irrumpió en la sala y se dirigió sin dilación a Jean que comía en el extremo de la mesa principal. En voz baja y un poco apartado del grupo de escolta próximo a partir, le preguntó a su vez:

- ¿Qué hacías en las almenas?

Andrés, después de un rato de meditación interior, le interpeló:

- ¿Entendiste bien lo que te dije ayer sobre el Sol?
- Sí, lo he comprendido bien. No es otra cosa que el Padre que nos da vida y calor y que hace florecer los campos y la existencia entera.
- Entonces, ¿por qué no subiste tú a las almenas para darle gracias? Siempre somos deudores de su maravillosa presencia y por tanto todos los seres conscientes miran cada mañana al Este para renovar el pacto de amistad y de sumisión.
- Parece que fueras egipcio o pagano.
- Así es, querido hermano, así es. Nuestra vida actual es el resultado de otras vidas anteriores.

El asombro del neófito no cabía en su estructura mental y optó por salir al patio para despejarse. Andrés le siguió de cerca y le dijo:

- Jean, ¿el Padre es justo o injusto?
- Evidentemente justo y perfecto puesto que es Dios.
- Mira al fondo del patio.

Así lo hizo y vio a un tullido que se arrastraba por el suelo y que daba síntomas de poca lucidez mental. Parecía que fuera congénito. Realmente eran muchos los seres que nacían así y nunca habían sido objeto de reparo para su conciencia motivada por el pan diario que se llevaba a la boca.

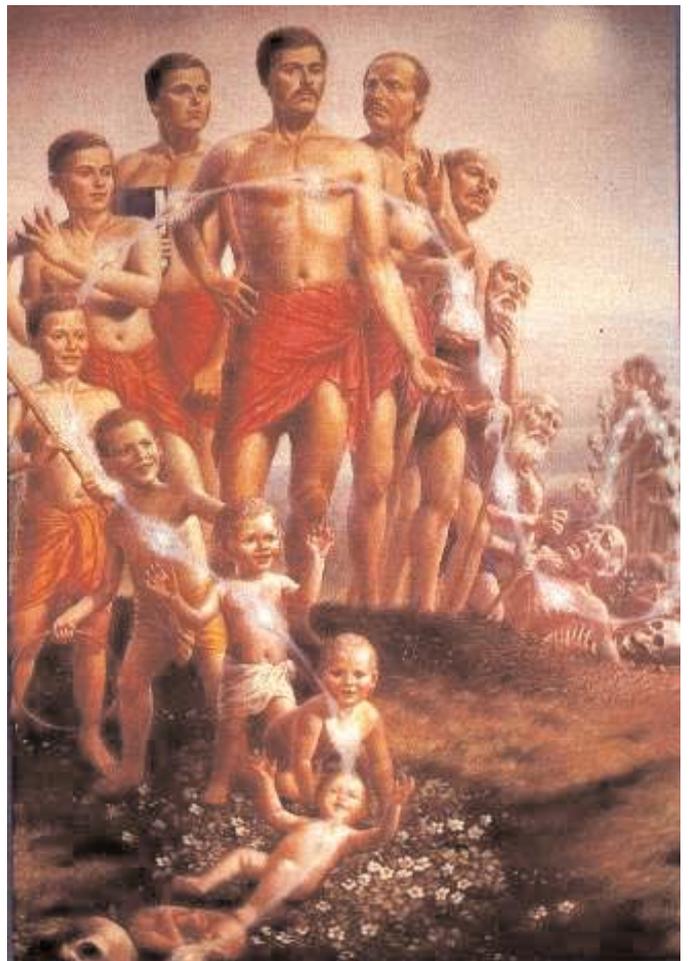
Andrés volvió a preguntarle:

- Si es justo, ¿por qué permite que ese sea imperfecto y tú no lo seas?, ¿qué pecado ha cometido él antes de nacer?

Iba a responder enseguida pero la pregunta tenía miga y la evidencia tan solo le sometía a la curiosidad.

- Querido Jean, en los primeros años de la Iglesia se debatió la reencarnación y los Obispos optaron por negarla a fin de someter al hombre a su voluntad, creando así mas que una religión una aventura por la que todo hom-

bre nace con un "pecado original", que no sabe cuándo cometió, y terminar finalmente en el Infierno presa de sus debilidades. Decían también: "Hasta el justo peca siete veces al día...", ¿cómo se puede entender una religión que lanza sobre el inocente nacido un pecado que jamás cometió? Dios es amor y misericordia y al igual que se va a la escuela en distintos grados para alcanzar el graduado final, así también se regresa cuantas veces requiera el ser para aprender a ser perfecto. Después de esta estancia pasará a otra más perfecta en la medida que sepa vencer al mal y al pecado. Nueve son los ciclos que el hombre necesita



para encontrar la sabiduría y nueve veces como mínimo habrá de revestirse de carne para volver a aprender la lección.

- ¡Todo esto jamás se lo escuché a mi Señor, el Caballero Philippe!, ¿cómo es posible que haya tanta discrepancia entre vosotros y el resto de los Caballeros Templarios?

- Querido hermano, el carro no camina sólo por las ruedas sino por los caballos que tiran de él. Los caballos son a su vez dirigidos por el cochero que es quien establece el rumbo a

donde desea llegar. El Temple tiene estos mismos niveles y cada pieza del carro es ensamblada con amor y disciplina a la obra final. Tú has sido llamado para dirigir el carro y no para ser rueda. Pronto llegará el día en que el mal creará haber terminado con nosotros porque el carro se paró al borde del camino, pero no hará otra cosa que suprimir la herramienta del arriero. Pasará un tiempo y el arriero tendrá otro carro para surcar la viña del Señor.

- ¡No entiendo nada, querido Andrés! ¡No entiendo nada!

- El viaje es largo y yo estoy para que vuelva a tu espíritu lo que siempre formó parte de tu sabiduría.

A lo largo de dos semanas se mantuvieron en constante diálogo y fueron muchas las preguntas y respuestas que emplearon para llevar a Jean al estado de conciencia y comprensión que requería para la entrevista con el Gran Maestre y los hermanos del Capítulo Superior de la Encomienda de la Orden en París.

Al entrar en el Palacio de la Encomienda Principal de la Orden Templaria, Jean se preguntaba cómo nueve personajes, doscientos años antes, habían podido llegar a establecer una Orden de Caballeros con tanto poder y que permanecía entre políticos y religiosos con independencia y con fuertes recursos humanos y materiales. ¿Qué hado guiaba a aquellos monjes soldados?

En la sala principal del palacio fue saludado por los que expresamente estaban aguardándole. El Caballero Andrés, que le había acompañado durante todo el viaje, tomó asiento a su derecha y en forma simétrica en torno a una mesa, se sentaron a su vez el resto de los Caballeros. En el centro se hallaba el Gran Maestre, Jacques de Molay, que ya anciano expresaba un cierto carisma y aristocracia seductoras. Tomó éste la palabra para decirle:

- Querido hermano, es menester que para establecer contacto con el Capítulo Alquímico de la Orden seas previamente armado Caballero, por lo tanto te ruego te desnudes y te despojes de todos tus bienes. Al desnudarte vienes puro y limpio igual que cuando naciste, a realizar los votos de obediencia, castidad y

pobreza que la Orden requiere. Nadie entre nosotros tiene más que el resto. El primero es siempre el que más debe servir y sus dones son espirituales.

Jean se desprendió de su ropa y sintió pudor por el hecho de que los Caballeros pudieran estar observándole, pero estos no reparaban en su desnudez sino que permanecían atentos a sus ojos.

Siguió el Gran Maestre hablando:

- Se bienvenido a nuestra Orden.

Le besó por tres veces en los carrillos y le abrazó. Gesto este que fue imitado por el resto de los Caballeros. Uno de los presentes tomó aceite de un relicario que llevaba en la mano y ungió a Jean en la parte alta de la cabeza, en la nuca, en la frente, en el cuello, en el pecho, en el estómago y en el final de la espalda o columna vertebral. Luego le mandaron vestirse y le entregaron una espada en la mano derecha y una cruz en la izquierda. Le hicieron jurar fidelidad a la Orden y absoluta disponibilidad a sus designios. Se sentaron todos de nuevo a la mesa y comenzaron las lógicas preguntas y respuestas. Jacques de Molay tomó la palabra:

- Hermano Jean, este Consejo es portador de la esencia de la Orden Templaria que ahora mismo está a punto de concluir su servicio histórico. Llega otro período de trabajo distinto. Hemos custodiado un conocimiento heredado por los nueve Caballeros creadores de la Orden y lo mantenemos intacto en nuestros corazones sin que hasta la fecha, pueda ser entregado a la gente común pues se requiere de un espíritu universalista para su comprensión.

Los nueve soldados de Cristo que fundaron la Orden en Jerusalén tuvieron acceso al conocimiento puro pero sin que esta verdad pertenezca a una u otra religión. Existe entre todas ellas y como síntesis la verdadera significación de la revelación que vive en cada corazón humano. El rombo quiere significar los cuatro valores básicos que dieron la forma a la Idea Divina. Dicha Idea se hizo concreta a través de

la tierra, el aire, el agua y el fuego. Estos principios básicos son siempre encarnados por cuatro ángeles de Dios.

Interrumpió Jacques de Molay la palabra y otro de los hermanos que estaba de pie en el sitio de lectura de roble labrado, leyó del Libro Sagrado lo siguiente:

(Apo.7-1).-"...Después de esto vi cuatro ángeles que estaban de pie sobre los cuatro ángulos de la Tierra y retenían los cuatro vientos..."

Prosiguió el Gran Maestro:

- Cada lado del rombo, como hemos dicho, está servido por una milicia celeste de millones de ángeles que con sus nubes metálicas huecas vienen a la Tierra poniéndose al servicio del Dios Viviente. Cada milicia viene de distinta morada del firmamento y al mando de cada una de ellas hay un Viviente, siendo cuatro, que nunca mueren y siempre permanecen ante el Trono del Cordero. El jefe de la milicia, Gran Maestro del cielo, es el Cordero Jesús y forma junto con Moisés y Elías la Gran Fraternidad o Trinidad de Acción que establecerá la Sinarquía en el planeta. Los dos Caballeros que ves dibujados en el escudo de la Orden sobre un mismo caballo, son la representación de esta simbología. Estos dos Caballeros unidos constituyen la Fraternidad de "Los Dos Iluminados" que con sus nubes metálicas huecas bajan a la Tierra constantemente o envían a sus mensajeros. Así pues los

nueve Templarios que formaron la Orden tuvieron contacto y recibieron los mandatos desde esta jerarquía que les ordenaron trabajar por la Sinarquía de todas las religiones y de todos los principios por uno solo armónico y monoteísta. Estos nueve Caballeros fueron por tanto los herederos de la tradición de la Iglesia espiritual de Cristo.

- ¿Qué es la Iglesia espiritual de Cristo?

El hermano Andrés respondió:

- Ya te dije que existen tres formas básicas o templos: la Iglesia física de piedra que sí tiene ritos pero no tiene magia ni espíritu. La Iglesia psíquica o del alma que tiene ritos y magia pero no tiene templos de piedra, y la Iglesia espiritual que no tiene muros ni ritos. A lo largo de la Historia estas tres Iglesias han caminado por separado e incluso se han perseguido. Sólo en pocas ocasiones han conseguido caminar de la mano perfectamente dirigidas por el Espíritu Superior.

Continuó Jacques de Molay:

- Esta tarea encargada a los nueve Caballeros contó con la fuerza de un lado del cielo.

A la vez que decía esto miró por la ventana y todos los presentes le imitaron observando por la estrechez de la abertura la Constelación que ahora conocemos como Orión. Prosiguió la charla:

- Los antecesores al Temple que recibieron esta orden y que ejecutaron los mandatos de la Fraternidad de los Dos Iluminados, fueron los que en el desierto se llamaron "Esenios" y que cuando Herodes hizo la matanza de los inocentes, acogieron a Jesús instruyéndole y enseñándole el arte de curar con el espíritu y conocer la Escritura y el espíritu de verdad. Estos esenios representaban la sabiduría de las tres Iglesias cuyos representantes aparecieron cuando el Cristo tomó cuerpo, como "Los Tres Reyes Magos de Oriente". Fueron los esenios los que fundaron el cristianismo pero ya en los primeros años después de la partida de Jesús por las nubes, comenzaron las separaciones de las Iglesias, siendo la



Gnóstica la que heredó los valores espirituales que conservó y entregó por la línea de sucesión a los primeros fundadores del Temple en Jerusalén y a los Hermanos de Sión, que así se llamaron en origen nuestros fundadores. Es a través de esta Iglesia espiritual cómo a través de los años hemos creado el modelo templario que ha demostrado ser válido como elemento de unificación pero que el poder político y religioso amenazan. Aún, querido hermano, nos queda un poco de tiempo para entregar el testigo y el Grial que deberás llevar a Occidente, siguiendo la Ruta de los Iniciados o Ruta del Sol.

Hemos dicho antes que el rombo representa los cuatro poderes creadores sobre los que se asienta la Deidad, por ello Jesús tomó la cruz de cuatro lados para morir pues él representó la Jerarquía Solar o Celeste que se asienta y toma forma concreta en la cruz de la Jerarquía Terrestre. Juan el Bautista representó a esta jerarquía en la antigüedad. De él dijo el Señor que era el primero debajo del cielo y el último de los seres solares. El símbolo de Juan es el Corazón Púrpura que tú has visto en tus sueños. Este signo es el de la Tribu Esenia que está formada a su vez por treinta y seis príncipes de oriente y treinta y seis de occidente, los cuales gobiernan el mundo. Esta jerarquía de mando está representada en nuestra orden por el Consejo de Mando o Capítulo Principal que tú ahora ves y del que has sido señalado por el cielo para realizar la misión de transportar el Grial hacia occidente. Dentro del Temple tenemos también otra representación que heredó la función de Melquisedec o Sacerdote de Dios y que en tiempos de Jesús recayó en José de Arimatea. Y por último, existe también en nuestra Orden el cuerpo físico o Iglesia física representada por los Caballeros armados que preservan los valores de justicia entre los hombres y entre ellos y Dios.

Jean interrumpió la conversación por el lógico interés de su misión:

- ¿Qué es el Grial, hermanos?
 - El Grial es, a semejanza de nuestra Orden, un elemento de tres formas: el espíritu que brilla en la frente de cada hombre y que no todos han sabido encender. El alma o fórmula mági-

ca por la cual el espíritu se activa y transmite a la materia, y el cuerpo que cada tiempo es representado por un objeto físico.

- ¿Cuál es el Grial físico que debo transportar a occidente?

Los hermanos le miraron con ternura y uno de los presentes le interpeló a su vez:

- Cuando Dios castigó al hombre con el Diluvio Universal destruyendo todo lo que existía sobre la Tierra, ¿qué elemento le entregó como símbolo de Alianza entre ambos?

- Creo recordar que fue una rama de olivo que la paloma llevó a Noé al Arca.

La pregunta había sido respondida y Jean guardó silencio a la vez que el Principal de la Orden continuaba hablando:

- Marcharás a Palestina, escoltado por nueve Caballeros a tu mando. No vestirás hábito de guerra sino que te pondrás el saco anudado a la cintura y tomarás un trozo de olivo del Huerto de Getsemaní para llevarlo a occidente, donde lo plantarás con tierra sagrada del sepulcro donde fue enterrado el Maestro. Luego todo habrá concluido.

- ¿Cómo sabré dónde debo plantar el olivo?

- Una estrella luminosa te guiará día y noche en la Ruta del Santo al igual que lo hiciera con los Magos. Una vez en el lugar, levantarás un templo que conmemora a la Orden y terminarás tus días custodiando el Grial que volverá a florecer después de seiscientos sesenta y seis años, pues nuestra Orden debe morir ahora para renacer después en el "Tiempo del Olivo" cerca del final de los días del Reino del Mal.

- ¿Cuál es el Tiempo del Olivo?

La Alusión al tiempo del Olivo está citada en la Biblia y solo quien le es revelado el conocimiento sabrá interpretar los verdaderos significados de las palabras y de las formas en ella citadas. Cada vez que termina un tiempo y nace otro florece el Olivo, benditos los que se refrescaron con su sombra y abonaron la tierra para que crezca.

Nuestro personaje preguntó de nuevo:

- Entonces, ¿el rombo con los dos olivos que

he visto está referido a esta misión y a este tiempo por llegar?

- Así es, hermano, así es.

- ¿Y el tercer rombo qué significa?

- La cruz para los cristianos, ¿qué memoriza?

- La muerte.

- Así será para nosotros y para los servidores del olivo pues ya están dispuestas las hogueras para quemar a los hermanos. Nuestro final se acerca. Golpearán el centro de la hoguera y creerán que han terminado con la verdad, pero éste será el comienzo de otro tiempo puesto que las chispas saltarán por infinidad de sitios y no podrán ser apagadas. Nuestros nuevos cuerpos ya estarán preparados y la antorcha de la verdad volverá a renacer como una rosa sobre una cruz.

- ¿Queréis decirme que vamos a morir todos ahora y que la Orden debe concluir?

- Sí. El poder político y el poder religioso se han aliado de nuevo contra la verdad, y tanto Felipe IV, como el Santo Padre Clemente V, están redactando la orden de nuestra extinción.

Seremos torturados y se nos atribuirá toda clase de herejías, pero al final la verdad será nítida para los que deban heredar el conocimiento y seguir la tradición del espíritu de verdad.

- Si así está ocurriendo, ¿por qué no levantamos al Ejército Templario y tomamos por la fuerza la iniciativa? Son muchos los reyes que formarían junto con nosotros una Cruzada contra los traidores, y así el gobierno único sinárquico se formaría para siempre.

- No querido hermano, el árbol no se hace

fuerte en un solo año sino a lo largo de muchos y después de aguantar enormes tormentas y calamidades. Dejémosle crecer y aceptemos esta tormenta puesto que de nuevo florecerán las hojas en la próxima primavera. Se nos ha confiado llevar el conocimiento un poco más cerca de la meta final para este tiempo, pero no es ahora el momento de instaurar el Reino de Dios sobre la Tierra.

- ¿Cuándo llegará ese día?

Jacques de Molay salió al patio seguido de los hermanos y de Jean. Una vez en él, dijo:

- El hombre muere y los frutos se secan en los árboles. Todo es corruptible en este mundo.

Nuestros padres y nuestros hijos pasarán, pero siempre para ellos, para nosotros y para los que han de venir, brillará el cielo estrellado. Observa este cielo pues las mismas luminarias volverán después de un gran período. Ese momento será el comienzo del final.

Jean se quedó mirando el firmamento estrellado y guardó en su corazón la posición de las estrellas y la forma de sus reflejos, esperando el deseado día. Ahora le quedaba una gran misión por realizar y su conciencia estaba abierta y predispuesta al efecto. El Gran Maestre y los Caballeros se retiraron cabizbajos, como esperando el final de su existencia. Jean, acompañado de Andrés, se retiró al descanso para preparar la



última Cruzada hacia Tierra Santa. Cruzada esta que no contemplaría sangre árabe sino el holocausto de sus propios hermanos que quedaban en Francia esperando de un momento a otro el desenlace de la Orden.

Corría el año de nuestro Señor de 1307. Eran los últimos días del mes de octubre cuando Jean de Lorena, seguido de nueve Caballeros emprendió la ruta de Jerusalén. Habían abandonado los alrededores de París, cuando las fuerzas de policía de Felipe IV de Francia, llamado El Hermoso - sería por su aspecto externo porque el interno era más bien tenebroso - penetraron en la Encomienda General de la Orden Templaria de la ciudad y tomaron prisionero a Jacques de Molay junto con los Principales. Simultáneamente en toda Europa se ponía en marcha una campaña de desprestigio y arresto para todos los Templarios, que llevó a la hoguera a muchos de ellos previa tortura. El rey Felipe IV vengó así su afrenta de no haber sido admitido en la Orden de los Soldados de Cristo. La codicia de su malvado corazón deseaba también la riqueza de aquellos monjes y no dudó en mentir y acechar contra aquellos mártires para lograr sus fines. El "Papa de Paja" y monigote al servicio del poder, Clemente V, no levantó un dedo para defender a sus hermanos de la Orden y en un período de siete años de reclusión fueron muriendo y siendo dispersada "La Milicia de los Pobres Soldados de Cristo".

Mientras Jean de Lorena llegaba a Palestina, fueron dadas las instrucciones en secreto a los continuadores de la Orden y según lo previsto, el final del Temple sería el parto de un nuevo movimiento que continuaría la tradición hasta el Tiempo del Olivo. Dejemos a Jean en su aventura para contar las últimas jornadas del Temple:

Después de años de constantes acechanzas, torturas y martirios, el Gran Maestre es llevado a la hoguera el 8 de marzo de 1314. Le habían precedido muchos otros hermanos suyos. En ese momento final y ante la muerte, Jacques de Molay confiesa que todas las acusaciones contra el Temple han sido arrancadas bajo tortura y que la Orden es santa. Convoca al

Tribunal de Dios al Papa y al Rey de Francia, quienes en los meses sucesivos mueren misteriosamente fruto de su maldición. Esta maldición llega hasta el último de los descendientes de Felipe IV; el Rey Luis XVI, que muere ajusticiado en el cadalso durante la Revolución Francesa. Un espectador de dicha muerte sube al estrado y cogiendo un coágulo de sangre del Rey, dice a la multitud: "¡Yo te bautizo pueblo, en nombre de la libertad y de Jacques de Molay!". Al día siguiente de la muerte del Gran Maestre, nueve Caballeros disfrazados de albañiles llegan a la hoguera extinguida de Jacques y toman sus cenizas para encerrarlas en un cofre y transportarlas al Norte de Europa a un lugar secreto. La Sinarquía Universal debía por tanto esperar otro tiempo y la Orden del Temple había cumplido con su misión de acercar el Grial un poco más a la deseada cima de la Gran Fraternidad Universal. Sobre Europa volvía a resurgir la cruz del sacrificio pero prendida de su centro, aparecía ahora una rosa roja de una belleza inusitada.



LUIS XVI

Jean de Lorena cumplió con la orden dada por el Consejo Alquímico del Temple y llegó a Jerusalén en los momentos de las primeras noticias de arresto de sus hermanos en Francia. No pudo contener las lágrimas y en previsión de nuevas venganzas mandó que los Caballeros que le acompañaban se vistieran de hábito de peregrino y se despojaron de la insignia de la Orden.

La Jerusalén de aquellos días era, y aún sigue siendo, la piedra angular de encuentro de varias culturas. No en vano y por un tiempo la revelación de los pueblos y sus religiones nació en estos parajes de antiguos patriarcas. Lógico era por tanto que los distintos ejércitos se precipitaran a su conquista.

Es cierto por otra parte que la imagen de super héroes que los Caballeros Templarios y los de otras ordenes afamadas recibieron por aquellos combates, no reflejaron la realidad objetiva, puesto que si hubo algún vencedor en aquellas Cruzadas fueron indudablemente Saladino y sus ejércitos, que terminaron por imponer su dominio sobre Tierra Santa. Aunque por diversos períodos cayó en manos de los cristianos, creándose el Reinado de Jerusalén que tuvo varios reyes de corta dinastía.

Los Templarios querían partir de Jerusalén como foco universalista para la total Sinarquía de todas las naciones y todos los hombres de la Tierra. Es por tanto loable que precisamente fuera ese el punto de mayor fricción entre los hombres y el comienzo de la utopía de Fraternidad que inspiró a esta Orden mítica a emprender la realización de su quimera.

Jean de Lorena fue llevado a la sede principal de la Orden en aquella ciudad y desde ésta a una mezquita musulmana próxima. En un principio la extrañeza de nuestro Caballero se hizo patente hasta el punto de que se quedó parado en la puerta con miedo a entrar y verse con el propio diablo. Andrés comenzó a reír a la vez que empujaba al miedoso Caballero.

- Descálzate, Jean, y no temas. Los mismos Dioses de los musulmanes son los nuestros y no tienen como fin el hacernos daño. Pasa por tanto y ten respeto.

Así lo hizo y fueron a su vez introducidos en una estancia contigua a la mezquita, ricamente adornada con los clásicos cojines y tapices de tipo persa de los que solían rodearse estos árabes.

Un hombre vestido con túnica blanca y turbante, moreno, de ojos penetrantes, barbado y con expresión de fuerte aristocracia interior dio la bienvenida a los Caballeros del Temple:

- Bienvenidos hermanos.

Jean se quedó un poco perplejo al ver que un musulmán, que era un enemigo en potencia, le saludara con tanto merecimiento y cortesía, pero al parecer era normal para aquellos Caballeros de ambos bandos pasar de las armas a la confraternización. Omar, que así se llamaba el Caballero Cruzado árabe, le dijo:

- Bienvenido Jean de Lorena. Nuestros sabios nos han revelado tu misión y estamos dispuestos a colaborar contigo en todo cuanto solicites. El Huerto de los Olivos está en nuestro territorio así como el Sepulcro de Jesús. Tienes libre acceso a cuantos lugares desees y recibirás además nuestra escolta para que no seas molestado.



"¿Hermano?... Aquel hermano de Jean mas bien parecía primo o en todo caso amigo, pero las circunstancias le obligaban y prosiguió."

- ¿Cómo es que mantenemos una guerra cruel desde hace años por custodiar y poseer los Lugares Santos y ahora tú los pones a mi disposición? ¡No tiene sentido!

- Ciertamente así es para la mayoría, pero no para unos pocos. Dentro de nuestro pueblo se dan las mismas circunstancias que en el tuyo. Hay tres estados básicos de conciencia y cada uno funciona con su lógica, siendo primitivo y de reacción instintiva el último estado o dogmático. Para la masa humana no realizada, la guerra es una forma expresiva de catalizar su propia violencia. Para otro grupo más intelectual, el combate y la disputa llevan consigo cierto estímulo de conocimiento y de análisis

del comportamiento, y para unos pocos, la Sinarquía es la meta final de cualquier esfuerzo temporal. También nosotros deseamos la Fraternidad entre los hombres pero debemos previamente desarrollar nuestra propia ley y educar a los nuestros para luego llegar a un solo final y un solo principio. El mismo Dios y los mismos modos deberían ser para cada pueblo pero esto no se puede realizar todavía y procuramos entender la lógica del tiempo y de la Superior Inteligencia, no contraviniendo las leyes y empujando los cambios históricos que interpretamos. Estos cambios desgraciadamente se podrían hacer sin sangre, pero el hombre todavía no está maduro y se asemeja más a las fieras que a Dios. Nosotros asistimos impotentes a todo este proceso.

- ¿Quieres decirme que dejarías incluso a tu Dios Alá por el nuestro Jesucristo?

- Querido Jean, el mismo Cristo es el que compenetra a Jesús para vosotros o Mahoma para nosotros, o si me apuras, para los pueblos orientales y los que llamamos bárbaros.

También para nosotros la luz es la expresión crística o divina. Cada religión tribaliza por el mismo Dios que se reviste de diversas formas y desgraciadamente lo hace a su imagen y semejanza. El último proceso de esta estupidez humana la llaman "Guerra Santa" o "Cruzada Divina" haciendo a Alá guerrero o a Cristo vengador, atribuyéndoles nuestra propia debilidad. Cristo es amor y se expresa siempre con la ética del bien en todas las latitudes de la Tierra. Los Dioses son por tanto los mismos pero con diferentes nombres y el Pueblo de Dios es toda la Humanidad. Son los Diáconos, Obispos y Ministros de Dios los que han poseído la religión y la han deshumanizado a fin de perpetuar su poder sobre la masa ignorante. Sus armas no son las convencionales, son más dañinas que las espadas y las lanzas, pueden condenar al fuego eterno o en nombre de Dios torturar y matar hasta conseguir perpetuar su dominio psicológico sobre el hombre y anular su capacidad de pensar y ser libres en el corazón y en

el espíritu. Dios no necesita intermediarios.

Fue ahora Andrés quien se dirigió a Omar:

- Hermano, ya pronto deberemos despedirnos para siempre puesto que nuestra Orden se está disolviendo. Llegarán otros Caballeros con las armas dispuestas, pero no vivirán el combate como nosotros lo hemos vivido. Hemos aprendido mucho en estos años y son pocos los que conservan el espíritu de los primeros Cruzados.

Estoy triste hermano, nuestras lanzas no se encontrarán en la batalla. Siempre consideré un honor medirme contigo y un gran privilegio tener como enemigo a quien tanto amo.

- Así lo es para mí también, Andrés.

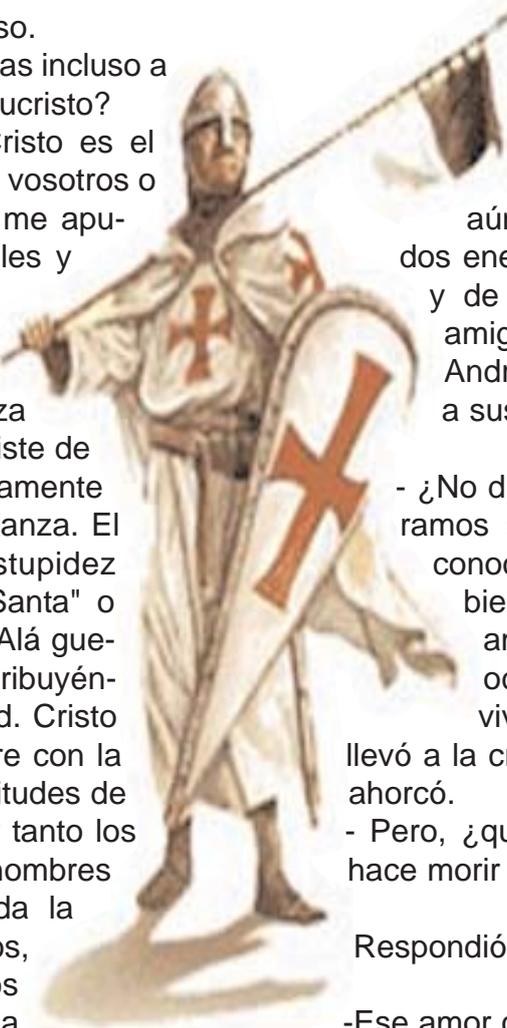
Jean de Lorena se quedó aún más perplejo cuando vio a dos enemigos que hablaban de amor y de honor. ¿Cómo se podía ser amigo y enemigo a la vez?... Andrés que siempre se anticipaba a sus pensamientos, le dijo:

- ¿No dijo el Maestro Jesús que amáramos a nuestros enemigos? Nadie conoce la Ley del Amor pues como bien se dice popularmente "del amor al odio hay un paso" y así ocurrió con Judas y Jesús que vivieron un amor que a uno le llevó a la cruz y al otro al árbol donde se ahorcó.

- Pero, ¿qué clase de amor es ese que hace morir a dos seres?

Respondió Omar:

- Ese amor que tú no entiendes y que hizo a Jesús y a Judas morir fue el que causó a su vez lo que vosotros llamáis "Redención" puesto que si no se hubiera dado así el hombre no habría sido redimido. Como ves no fue tan malo Judas pues colaboró a que el misterio se diera. Nosotros no nos enfrentamos, colaboramos al misterio del crecer humano, por ello el amor entre Andrés y yo es un amor de espíritu



y real, aunque los cuerpos estén separados e incluso enfrentados. Por encima de las apariencias y de las circunstancias humanas está la real Fraternidad Universal que vive sempiterna y que nos manda servirla a través de las diversas etapas y reencarnaciones en forma dispar y algunas veces, como ahora, como enemigos en la forma pero siempre, siempre como hermanos en el espíritu.

- Entonces, ¿justificáis la guerra?

- No. La guerra es estúpida y Dios quiera que ésta sea la última. El dolor del Iniciado o del Soldado de Cristo o de Alá, es asistir impotente ante la incomprensión humana y no poder acelerar los tiempos haciendo de ésta la batalla final que nos lleve al Paraíso entre todos los hombres. Esperemos que el ser humano comprenda y deje de matarse en nombre de Dios.

- Dice nuestra tradición oculta que en oriente hay un paraíso habitado por hombres santos donde se conserva el Arbol del Bien y del Mal del que comió Adán. En aquel reino vive el Señor del Mundo que es quien desde la oscuridad gobierna el espíritu de los hombres y de las cosas en la Tierra. Su pueblo está formado por seres sabios que viven en compañía de los Angeles de Dios que vienen a visitarles día y noche. Nada ocurre entre los hombres que previamente no haya sido ordenado por el Señor del Mundo, quien en todo momento sabe cuanto hacemos y lo que ocurre en las naciones. Nosotros estamos entre los hombres pero no somos como ellos pues nuestro pueblo es este Reino Oculto y de su energía y de sus dictados se alimentan nuestros espíritus.



En un momento de aquella reunión nos fue servido vino y pan y previo a comerlo, Omar tomó la palabra a la vez que cogía el sólido en una mano y el vino en la otra:

Somos los "Hijos de la Luz" que luchan contra los "Hijos de las Tinieblas". Alzo mi copa y brindo por nuestro pueblo oculto a la vez que tomo el pan con mis hermanos a los que Alá ha guía-

do en este día para realizar el milagro del nuevo tiempo.

Cogiendo el pan lo mojó en el vino y lo comió. Acto seguido le imitaron los invitados dando por concluida la reunión.

En el Huerto de los Olivos Jean quiso pasar la noche a solas rememorando los tiempos de Jesús y así lo hizo. No pudo descansar puesto que a su cabeza llegaban extraños presentimientos y a su corazón acudía el dolor y la impotencia de una verdad que siempre debía esperar un tiempo mejor y que cada vez anegaba de sangre la Historia. Comprendió entonces que el sacrificio de la cruz quizás no mereció la pena puesto que el hombre se había vuelto más bestia que antes y seguramente el tiempo por venir incrementaría esa brutalidad en vez de la virtud. Entendió por qué Jesús había sudado sangre ante el hecho de aceptar su muerte para la redención del hombre. Justo en aquel instante miró al cielo y vio una luz plateada blanca que en ese momento más que nunca expresaba el consuelo de la Jerarquía Celeste.

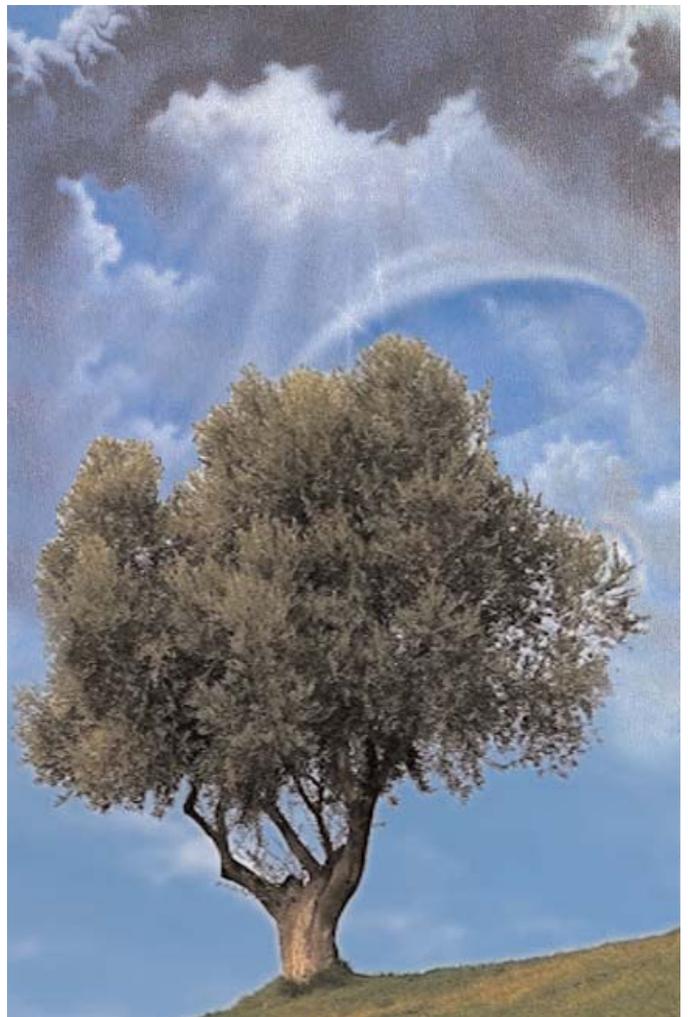
Al final, las palabras de Jacques de Molay se hacían reveladoras y la estrella que debía guiarle hacia el lugar exacto se mostraba radiante. Salió corriendo hacia los hermanos y a gritos les mostró aquella extraña estrella luminosa, pero a pesar de su insistencia ninguno lograba vislumbrarla, sólo él. Creyó estar alucinando o que la debilidad después del viaje le habría trastornado. Andrés, pendiente de él en todo momento, le dijo:

- Hermano querido, hoy para ti y en tu frente ha brillado la luz del espíritu. Tu conciencia ha visto el Grial luminoso que será la guía hasta tu muerte. Debemos regresar, es el tiempo.

Pasaron unos días, Jean no sabía muy bien dónde debía dirigirse. La luz blanca y brillante le mostró enseguida el camino y tomó rumbo al mismo sitio donde el primer sueño le había llevado a vivir toda aquella historia: a tierras de Navarra, España, a la Ruta del Camino de Santiago.

Muchos meses después se encontró por fin en el lugar del primer sueño. Una de las noches que estaba esperando algún signo, Jean vio en meditación un olivo que tomaba la ruta del Norte y que se aposentaba cerca del lugar donde estaban acampados. Se despertó y salió corriendo, guiado por aquella premonición hasta que vio una luz rara sobre un montículo de tierra. Miró al cielo y la estrella metálica volante que le había guiado había desaparecido para siempre. Comprendió entonces que aquel era el lugar. Tomando la tierra que había traído del Sepulcro de Jerusalén y el retoño de olivo, lo plantó en el preciso lugar. Despidió a los Caballeros y dijo a Andrés que confirmara al Gran Maestre la misión cumplida. Más tarde edificó allí una ermita para que le acogiese en los últimos años de su vida.

Andrés llegó a Francia cuando la Orden estaba ya expirando. Vistió otra vez los hábitos de Caballero y fue encarcelado y torturado por negarse a declarar en falso. Logró acercarse a Jacques de Molay para decirle que la misión había sido cumplida. El Gran Maestre que



había firmado mediante tortura todo lo que sus verdugos le habían ordenado, vio iluminada su cara al comprobar que la última Cruzada de los Templarios había sido realizada. Revocó su decisión aceptando la muerte como un valiente. El tiempo, el instrumento y las formas del nuevo renacer habían sido expresadas.

Jean de Lorena vivió hasta los 49 años, y en el momento de su muerte, el olivo que había traído de Jerusalén tenía ya dos metros de largo. Las tormentas y los aguaceros no pudieron romper aquel tronco sólido y regado por la sangre de aquellos hermanos "Soldados de Cristo" que tan solo habían caminado unos pasos en el eterno anhelo de la Sinarquía o Gran Fraternidad Universal.

Cuenta la leyenda que los lugareños suelen ver el día de San Juan o Solsticio de Verano, cómo una nube metálica hueca y luminosa, controla el crecimiento del olivo traído por Jean de Lorena y los nueve Caballeros Templarios. Allí continúa repleto de luz para quien es designado y sabe buscar el preciso lugar de su vibración.

Vendrán otros lejanos tiempos y el olivo seguirá la Ruta del Sol para renacer en la tierra más allá del océano. También entonces habrá sacrificio humano y de nuevo unos pocos renoverán el milagro que época tras época renace y muere empujando el carro de la vida y creciendo en Cristo para la perfección.





.... si os dicen, pues: Aquí está, en el desierto, no salgáis, en un escondite, no lo creáis, porque como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre.

Mateo 24. 26-27